

SS
SERVICIO SECRETO

BB

A stylized, high-contrast illustration of a classic car, possibly a Ford Mustang, in a dark, urban setting at night. The car is shown from a front-three-quarter view, with its headlights on. In the background, a city skyline with illuminated buildings is visible. A motorcycle is parked on the left side of the road. The overall style is reminiscent of mid-20th-century pulp magazine art.

EL LOCO DE LA LINTERNA ROJA
george h. white

EL LOCO DE LA LINTERNA ROJA

GEORGE H. WHITE

**EL LOCO DE LA
LINTERNA ROJA**

**1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1962**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA**

DEPOSITO LEGAL B 15.809 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© GEORGE H. WHITE - 1962

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

N. R. 2954/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL.**

En Colección BISONTE:

699 — Justicia de plomo. 714 — Muerte a los invasores.

En Colección SERVICIO SECRETO:

581 — El hombre que murió dos veces. 591 — La muerte madruga. 617 — El mar devuelve sus muertos.

En Colección BUFALO:

432 — Oro en las cumbres. 440 — Apta para pistoleros. 448 — Cuerda para un culpable.

En Colección CALIFORNIA:

205 — Agencia de pistoleros. 211 — Plazo: Al ponerse el sol. 265 — Luchando sobre la tierra.

En Colección SALVAJE TEXAS:

248 — Pólvora y sangre.

En Colección KANSAS:

99 — Corazón de gigante. 165 — El reino de Mac Hale.

En Colección COLORADO:

74 — Ciudad del oro. 161 — Atardecer sangriento.

En Colección ASES DEL OESTE:

71 — Hijo del desierto. 130 — El pastor del Colorado.

En Colección BRAVO OESTE:

48 — ¡Vete, forastero! 77 — De buena ley.



CAPÍTULO PRIMERO

Al abrirse la puerta del bar, Ben Laing levantó los ojos y clavó una escrutadora mirada en los dos agentes uniformados que acababan de entrar.

La llegada de los policías apenas fue advertida por los cuatro vaqueros encandilados ante el receptor de televisión. Un matrimonio de cierta edad cenaba en una mesa apartada junto a la ventana. Un granjero tomaba su café encaramado en la alta banqueta ante el mostrador.

Ben Laing, el dueño del parador, conocía a Randolph, pero el rubio y apuesto sargento que acompañaba a este le era desconocido.

Los dos vestían chaqueta de cuero negro, calzaban altas y lustrosas botas y se tocaban con blancos cascos sobre los que habían alzado sus grandes gafas de motorista. Era raro ver a un sargento motorista y esto fue lo que llamó la atención de Ben.

Gladys Laing, que tenía veinticuatro años y ayudaba a su padre en el bar, pensó otra cosa distinta del nuevo agente. Lo primero que advirtió fue que era joven, delgado y de perfil aquilino. Tenía los ojos grises y las espaldas muy anchas. Que además de todo esto fuera sargento solo contribuía a hacerle más interesante a los ojos de Gladys.

—¡Hola, Ben! —saludó Randolph arrojando sus guantes sobre el mostrador—. Muy tranquilo está todo esta noche. ¿Qué programa da la televisión?

—Una de vaqueros —repuso Laing con sorna por un ángulo de la boca señalando a los silenciosos *cow-boys*.

—¡Hola! —dijo Gladys ahuecándose el pelo con ademán de instintiva coquetería. ¿Qué van a tomar?

—Café —dijo el sargento mientras se quitaba los guantes.

—Usted debe ser nuevo en la zona —dijo la muchacha poniendo dos tazas bajo los tubos niquelados de la cafetera automática.

—No del todo nuevo —repuso el sargento clavando sus penetrantes pupilas en la cara de la chica. Gladys sintió que enrojecía, a pesar de estar fogueada en el trato de los audaces vaqueros y los camioneros que cada día pasaban por el parador.

El viejo granjero no apartaba sus ojos del sargento. Este volvióse repentinamente hacia el hombre y dijo:

—¿Cómo está usted, señor Funston?

Bill Funston puso cara de sorpresa.

—Hace rato que le estoy mirando. Usted no será uno de los Young, ¿verdad?

—Veo que sí se acuerda de mí, señor Funston. En efecto, soy Leslie Young —dijo el sargento sonriendo.

—¡Vaya... vaya... vaya...! —exclamó Funston extendiendo su callosa mano—. ¡La de veces que me he acordado de vosotros! ¿Qué fue del viejo Young? ¿Vive todavía?

—Seguro. Abrió un taller de reparación de automóviles en Grand Rapids. Ahora le va bien.

—¡Caramba! ¿Y tu hermano Franck?

—Asociado con papá.

—Mire por dónde, después de tantos tumbos... Sí, yo apreciaba mucho a tu padre. Aparte sus defectos era un gran mecánico. Un mecánico de la vieja escuela, no de esos maniqués de ahora con sus monos blancos que nunca se tiznan las manos y utilizan todo un arsenal de aparatos de prueba para decirle a uno que debe cambiar una pieza que vale cincuenta dólares. Eso tu padre lo sabía con solo pegar el oído al capó de mi viejo "Ford". Y si era necesario, echaba mano de la lima y del soplete y reparaba la avería sin necesidad de reponer ninguna pieza. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Randolph, Laing y Young se rieron de buena gana.

—Por cierto, no le he preguntado por James, ni por María —dijo Young—. ¿Cómo les va?

El curtido rostro del granjero adoptó una expresión grave.

—¡Ah, María! ¡Si supieras cómo me ha remordido la conciencia estos años, preguntándome si hice bien en oponerme a que cortejases a mí hija!

Leslie Young sonrió con nostalgia.

—Seguramente su instinto de padre no le engañó. Yo no nací para granjero... y creo que tampoco para casado.

—Entonces, probablemente te hice un favor —dijo Funston—. Y soltó una carcajada abarcando con su brazo las anchas espaldas del sargento.

¡Muchacho, muchacho! Ya verás lo que se alegra James de saber que estás por aquí.

—¿Qué fue de él?

—Sigue destripando terrones. Solo que ahora lo hace con el tractor. También le ha dado la afición por la mecánica. Compra con frecuencia publicaciones relativas al motor y al deporte. En ellas vimos más de una vez tu fotografía. ¿Cómo andas ahora vestido de policía? ¿Dejaste las carreras de motos?

—Sí, lo dejé. Ahora solo compito en la carretera con los automovilistas que llevan exceso de velocidad.

—Todo es correr —observó Laing riendo—. Y al final siempre hay premio. Una multa al infractor.

El café humeaba en las tazas y Young tomó la suya. Sorbió, volvió a dejar la taza en el mostrador y miró a su alrededor.

—Esto quedó muy bien después de la reforma —observó—. Seguro que les va mejor de lo que a nosotros nos fue cuando teníamos aquí nuestro taller.

—No nos podemos quejar —dijo Ben Laing sonriendo.

—La gente empezó a viajar después de la guerra y sigue encontrándole gusto a la práctica del turismo —observó el viejo Funston—. Cada invierno es mayor el número de turistas que nos visitan. Parece ser que la riqueza natural de Arizona se desplaza hacia esta nueva industria. Antes era la ganadería lo que rendía más dinero. Ahora es un negocio dedicarse a desplumar las aves de paso.

El dueño del parador hizo una mueca de desagrado.

—¡Hombre, Funston! ¡Tiene usted una forma de decir las cosas...!

—Mi idioma no es el que se habla hoy día en Arizona —dijo el granjero con crudeza—. En nuestra tranquila comunidad de hace veinte años los habitantes del desierto nos conocíamos unos a otros y no tratábamos de engañarnos como ocurre ahora. Con todos esos *cowboys* de pacotilla, y esos “dude ranch” para hospedaje de los turistas, Arizona se ha convertido en el escenario de una película del Oeste. A los turistas les gusta imaginarse que se encuentran en el salvaje Oeste de antaño, cuando en realidad aquí no queda nada de salvaje ni viejo.

—Nos quedó decir que Arizona es un país tranquilo —dijo Ben Laing—. Ahora, con la radio y el helicóptero, tal vez no se roben reses como antaño, pero todavía tenemos tipos curiosos, como ese tipo de la linterna que se dedica a detener a los automóviles y hace desnudarse a las mujeres a la luz de los faros.

Un largo silencio siguió a las palabras de Laing. Los cuatro vaqueros, aparentemente pendientes de las imágenes de la televisión, volvieron vivamente la cabeza y quedaron mirando a los policías. EL matrimonio que comía junto a la ventana también miró en dirección el mostrador. Los

policías cursaron una mirada entre sí, y Ben Laing supo enseguida que acababa de cometer una indiscreción.

El sargento apuró su café y dijo:

—¿Quiere salir un momento conmigo ahí afuera, Laing?

Sin esperar la respuesta del dueño del parador, Young atravesó la sala hasta la puerta y salió del bar. Ben Laing cruzó una mirada preocupada con su hija.

—Anote el gasto en mi cuenta Ben —dijo Randolph.

Laing abandonó el mostrador y salió por la puerta a la calle. El sargento se ponía los guantes bajo el anuncio de neón de La puerta del parador. Volviéndose hacia Laing, dijo con severidad:

—Si mi negocio dependiera de los turistas que pasan por esta carretera, yo no hablaría de la forma que usted lo hace, señor Laing. ¿Qué es lo que se prepone al citar a ese loco de la linterna roja? ¿Quiere que esa historia aparezca en los periódicos y ver cómo cesa el turismo de la noche a la mañana en todo el Estado de Arizona?

—Fue una indiscreción por mí parte el hablar de eso —dijo Laing con acento pesoso—. De todos modos, es algo que no tardarán en saber los periódicos y será divulgado a los cuatro vientos.

—El hombre de la linterna roja solo ha aparecido una vez la semana pasada. No es que pretendamos hacer un secreto del hecho, pero divulgar la noticia no conducirá a nada práctico. Creemos que el hombre de la linterna roja es un maniático con ganas de notoriedad. Los periódicos locales han guardado silencio a ruego de la policía. Esperamos que en cualquier momento, el loco reaparezca haciendo otra de las suyas. Si los periódicos han de dar la noticia, preferimos que hablen de un delincuente preso, en vez de un loco suelto que va sembrando el terror entre los automovilistas que cruzan de noche nuestras carreteras. ¿Comprende ahora por qué no es conveniente mencionar el hecho ni darle la divulgación que el loco espera que le demos?

—Sí, creo que comprendo perfectamente lo que quiere decir.

El agente Randolph salió por la puerta y se detuvo detrás de Laing.

—Vámonos ya, John —dijo Young.

Ben Laing volvió a entrar en el parador y los dos policías se dirigieron hacia sus motocicletas. Eran estas dos “Harley Davidson” pintadas de blanco, equipadas con sirena y amplio parabrisas frontal. John Randolph levantó los ojos al cielo estrellado.

—Tenemos una estupenda noche —observó.

Young, por toda respuesta, dio una patada al pedal de puesta en marcha. El potente motor de dos cilindros en “V” y cuatro tiempos arrancó sin producir apenas ruido. Young empujó la pesada máquina hasta que el caballete de apoyo se plegó con un golpe amortiguado. Luego se acomodó en el amplio sillín y miró a Randolph como esperando.

—Bien, si es por mí vamos ya —dijo el agente.

Los faros de las motocicletas iluminaron un gran cartelón donde en caracteres fluorescentes se podía leer: “Tumacacori, NATIONAL MONUMENT”.

Young se preguntó por qué nunca a él y a su padre se les ocurriría abrir un parador allí, junto a las ruinas de la Misión que ya entonces empezaban a ser visitadas por los turistas.

Asiendo el amplio manillar, Young empujó con el pie el pedal selector y aflojó la palanca del embrague. La máquina se movió y Leslie aceleró, pasando sucesivamente de la primera a la segunda y tercera velocidad.

La noche era cálida, las estrellas brillaban en un cielo aterciopelado y el perfume alcanforado de la salvia llegaba en tibias oleadas desde el caliente desierto. Mil veces añoradas estas noches entre el frío y las brumas de los Estados del Norte, Leslie halló en el goce de esta excursión nocturna la respuesta a la pregunta que antes se había formulado.

No. Ni su padre, ni su hermano, ni él habrían cambiado nunca la llave inglesa y el “mono” manchado de grasa por la cafetera exprés y la chaqueta blanca de los camareros de un bar. La inquietud, la curiosidad y el sentido de la independencia eran rasgos comunes y característicos de la familia. Su inquietud les había empujado de un lugar a otro tomando diversas profesiones, aunque sin perseverar en ninguna. Los años más felices que Leslie podía recordar eran aquellos que vivió en Arizona, porque entonces los Young hacían su sana voluntad.

Ahora había vuelto a Arizona y se alegraba de estar aquí. Le gustaba su nueva profesión de policía, y le gustaba sobre todo porque podía conjugar una ocupación que le agradaba con la práctica del motorismo, que durante varios años había absorbido sus esfuerzos y afanes.

De esta forma, iba pensando Leslie sobre su potente motocicleta rodando a la moderada velocidad de cincuenta millas por hora, cuando la luz del faro de su máquina se reflejó en los captafaros de un auto que, con las luces apagadas estaba detenido al otro lado de la carretera, muy inclinado con dos de sus ruedas en la cuneta.

Leslie cerró el gas, aplicó los frenos a su moto y giró a la izquierda, en el momento que su faro iluminaba una gran figura femenina que, sin más ropa que una ligera combinación de nylon, acababa de surgir en el borde de la carretera.

El faro de la moto de Leslie bañó unos instantes de arriba abajo la escultural figura femenina. Luego la mujer corrió a esconderse detrás del automóvil.

Sacando el caballete de un puntapié y saltando a la carretera, Leslie empuñó su linterna eléctrica y corrió hacia el automóvil.

La mujer se embutía a toda prisa un vestido por la cabeza.

—¡Vaya, de excursión nocturna! ¿Dónde está el galán? —preguntó

Leslie.

Una cabeza rubia asomó por el escote del vestido, seguido de un bello rostro asustado.

—¡Huyó por allí! —señaló la mujer con el brazo.

Apartando el foco de la linterna de la joven, Leslie apuntó con ella en la dirección que señalaba. La carretera cruzaba en este paraje el desierto y a un lado y otro los altos cactus en forma de candelabros surgían de la oscuridad como grandes y solemnes centinelas remedando extrañas figuras humanas inmovilizadas por arte de algún fantástico encantamiento.

Leslie echó a correr. Al alejarse de la carretera su oído captó el golpeteo de unos cascos herrados pertenecientes a un caballo que se alejaba al galope.

Leslie regresó junto a la mujer, la cual daba nerviosos tirones a su falda bajo el haz deslumbrador de la linterna de Randolph. Era joven, guapa y de espléndida figura.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó Leslie con severidad.

—¿Por qué no le persiguen y lo capturan y se lo preguntan a él?

—Él ha escapado montado a caballo. No le podemos preguntar a él lo ocurrido, pero usted está aquí y debe contestar a lo que se le pregunte. ¿Qué ocurrió exactamente? —repitió Leslie.

—Es... ¡Oh, es indignante! Ese tipo sucio me detuvo con una linterna roja. Creí que se trataba de la policía o de alguien que había sufrido un accidente. Paré. Apenas me hube detenido vino hacia la ventanilla y me deslumbró echándome a los ojos el haz de su linterna. Abrió la portezuela, me ordenó que apagara los faros y luego... ¡Oh, luego me obligó a apearme y me ordenó que me quitara la ropa...!

—¡El loco de la linterna roja! —exclamó Randolph ahogadamente.

La actitud de Leslie Young respecto a la automovilista cambió. En el primer momento había creído que se trataba de alguna pareja sorprendida “in fraganti” en apasionado idilio junto a la carretera. Ahora sabía que se trataba de algo diferente. El loco de la linterna roja, el desconocido que la semana anterior había abochornado a un joven matrimonio, obligando al marido a permanecer echado, mientras su mujer se desnudaba bajo la amenaza de un rifle, aquel loco había vuelto a aparecer haciendo una de las suyas.

—¿Le causó algún daño? —preguntó Leslie amablemente.

—No. No sé si en realidad se proponía hacerlo o le faltó el tiempo debido a la oportuna llegada de ustedes. Quería obligarme a quitarme el resto de la ropa cuando escuchamos el ruido de las motocicletas. Entonces apagó su linterna, pegó un brinco y desapareció metiéndose entre los cactus —la voz de la joven desfalleció. La tensión nerviosa que le había sostenido hasta entonces cedió de pronto. Las piernas se negaron a sostener a la mujer y ella buscó apoyo en la carrocería del automóvil.

Leslie se acercó rápidamente a ella y la sostuvo por un brazo.

—Suba al coche. Ha pasado usted un mal rato. Pero ya nada tiene que temer. ¿Iba usted hacia Nogales?

—Sí.

—Está bien. Descanse un momento y la llevaremos allá.

La portezuela del automóvil estaba abierta por el lado de la cuneta. La joven se dejó caer en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo, cerrando los ojos.

En la carretera se escuchó el rumor de un automóvil que se acercaba. Los faros del coche iluminaron el interior de la cabina. Sonó un claxon y se oyó el chirrido de unas llantas sobre el asfalto.

—No permitas que nadie se detenga, John —ordenó Leslie al agente que estaba tras él.

John Randolph salió rápidamente a la carretera. El coche que llegaba frenó. Se escuchó una voz que inquiría. Randolph contestó:

—No ocurre nada. Sigán adelante, circulen por favor.

Leslie contemplaba a la joven. Su limpio perfil se destacaba contra la claridad de las luces del automóvil y las motocicletas estacionados en la carretera. Era una guapa chica y Leslie se dijo que el loco de la linterna roja no tenía mal gusto.

—¿Se siente mejor?

La muchacha asintió nuevamente con la cabeza sin abrir los ojos.

—Está bien, nosotros la acompañaremos —dijo Leslie cerrando de golpe la portezuela.

Al dar la vuelta al auto por delante del capó, Leslie se encontró con el agente Randolph.

—Saca mi moto de la carretera para que podamos recogerla mañana —le dijo Leslie—. Yo conduciré el coche y tú nos seguirás detrás. Regresamos a Nogales.

CAPÍTULO II

Al abrirse la puerta del despacho del capitán Handerson, Leslie Young arrojó al suelo el cigarrillo y se puso en pie. La señorita Borger salió del despacho seguida del teniente Kempner.

Kempner, teniente de detectives, era un hombre de unos treinta y cinco años, de estatura mediana, de facciones agradables y muy atildado en el vestir. Tenía fama de gozar de buen partido entre las mujeres y era vanidoso y singularmente antipático en determinadas ocasiones.

Pasando su mano bajo el brazo de la muchacha, Kempner la acompañó por el corredor hasta el vestíbulo donde Young y Randolph habían estado charlando con el sargento de guardia Rustley.

—¿Tenemos que acompañar a la señorita? —preguntó Young adelantándose.

Kempner le dirigió una agresiva mirada de arriba abajo.

—No. ¿Por qué? Yo mismo acompañaré a la señorita Borger al “Rancho del Sol”. ¿Vamos, *miss* Borger?

La joven asintió. Ya iba a pasar por delante de los policías, cuando volviéndose hacia Leslie, se detuvo y dijo, tendiéndole la mano:

—Muchas gracias por todo, sargento. Les estoy muy agradecida.

—No hay de qué, *miss* Borger. Cumplimos un deber.

Kempner profirió un gruñido y tiró suavemente de la muchacha llevándola hacia la puerta de la calle.

El capitán Handerson llamó desde la puerta abierta de su despacho:

—Venga aquí, sargento Young. Quiero hablar con usted.

Leslie cruzó el vestíbulo y entró en el pasillo, pasando por delante de Handerson hasta el interior del despacho. Handerson le siguió, cerrando la puerta. Era un hombre alto, ligeramente grueso, con ojos oscuros y vivos bajo las pobladas cejas, la nariz aplastada y ligeramente torcida como era corriente entre los boxeadores.

Handerson señaló a Leslie uno de los butacones forrados de cuero y se dejó caer en el sillón giratorio detrás de su mesa de acero.

—¿Qué ocurrió exactamente, Young? Tenemos la declaración de la señorita Borger, pero esta es muy confusa en algunos puntos.

Leslie contó lo que sabía, lo cual no vino a arrojar ninguna nueva luz sobre las dudas del capitán Handerson.

Handerson se inclinó sobre algunos papeles mecanografiados que tenía sobre la mesa y murmuró:

—La señorita Borger procede de Los Ángeles y viene contratada para actuar en el “Rancho del Sol” como cantante. Es una... creo que ahora las

llaman animadoras. Una de esas chicas que acompañan a la orquesta interpretando canciones francesas imitando la voz baja y profunda de Marlene Dietrich —Handerson dijo esto y se rio por debajo.

—Es muy guapa —observó Leslie—. Ese condenado tipo de la linterna sabe escoger bien sus víctimas.

—¡Oh, no crea, algún día el loco de la linterna se llevará un buen susto al detener un coche y encontrarse con una vieja fea y bizca! Él no puede saber la identidad de los viajeros hasta que ha detenido al coche y ha mirado en su interior... Es decir, eso es lo que creemos.

—¿Y si disfrazáramos un par de policías de mujeres y los hiciéramos viajar arriba y abajo por la carretera hasta que apareciera ese tipo haciendo brillar su linterna?

Handerson miró a Leslie con expresión sorprendida. Luego se echó a reír.

—¿Es una idea tan estúpida? —gruñó Leslie.

Handerson dejó de reír.

—No, no es eso lo que he querido decir. Solo que me he imaginado al sargento Rustley y al cabo LaVarre disfrazados de chavales y... bueno, no deja de ser una idea divertida —Handerson rio de nuevo, adoptando luego un aire de seriedad—. No es para reírse sin embargo. Ese maldito tipo de la linterna va a ponernos en ridículo si no conseguimos echarle el guante antes que los periódicos se metan con nosotros y los turistas empiecen a rehuir el tránsito por nuestras rutas.

—¿Quién cree usted que puede ser?

Handerson se rascó pensativamente la barbilla.

—Seguramente se trata de algún vaquero solitario excitado por la lectura de esa literatura erótica que corre por ahí. Pero acaso se trate solamente de uno de esos tipos chiflados deseosos de obtener notoriedad.

No somos nosotros únicamente quienes nos las vemos con un individuo de esta clase. Desde el famoso proceso de Chesmann han aparecido sádicos con linternas rojas en las carreteras de todas las partes del mundo. Siempre ha ocurrido así. Como las estrellas de cine, los delincuentes famosos también tienen sus imitadores. Así, a un proceso sensacional contra un hombre acusado de estrangulador, sigue una epidemia de estrangulamientos por todo el país. Ahora están de moda los tipos de las linternas rojas saliendo a los caminos a detener a los automóviles para obligar a las mujeres a quitarse la ropa.

—Esta región no es muy poblada —observó Leslie—. No debería ser demasiado difícil dar con el individuo si investigáramos las costumbres de todos los vaqueros de los ranchos vecinos a la ruta.

—Eso nos llevaría un trabajo enorme. Pero no hay que olvidar que, con ser importante la captura de ese individuo de la linterna, tenemos otra misión más urgente que cumplir.

Leslie sabía, en efecto, que de todas las misiones que pesaban sobre las espaldas de la policía del Estado, ninguna era más importante que la represión del tráfico de estupefacientes que se realizaba a través de la frontera entre los Estados Unidos y México.

Hacía solamente tres meses, encontrándose Leslie en Grand Rapids con su padre y su hermano, había recibido una carta del capitán Handerson proponiéndole el ingreso en la “Patrol Highway” del Estado de Arizona con el grado y paga de sargento.

Leslie atravesaba por aquellos momentos un período de depresión después de haberle sido arrebatado el título de campeón nacional en la última prueba de “moto-cross”. A los veinticinco años, Leslie Young pensaba que, igual que antes había sucedido a otros campeones del motorismo, era llegada su hora de que otras figuras jóvenes le remplazaran como él, en años atrás, había desplazado a otros campeones. Este era un fenómeno que concurría casi todos los años. En cualquier estilo de competición deportiva, siempre acababa por surgir un hombre más rápido, más ágil, más fuerte o más hábil para derribar de su puesto al campeón anterior. Aunque se sentía en forma y no se creía demasiado viejo, Leslie sintió, como antes debieron sentir tantos campeones derrotados, que era llegada la hora de apartarse y ceder su lugar a las figuras más jóvenes que venían detrás.

Leslie aceptó la oferta del capitán Handerson. Si su perdido título de campeón de “moto-cross” había de servirle para algo, este era sin duda el momento de obtener alguna ventaja. Se trasladó a Phoenix, de donde después de seis semanas de estudio, poniéndose al corriente del código y las normas del Cuerpo, fue enviado a Tucson como miembro de la “Patrol Highway”. Desde Tucson, Leslie había pasado al puesto fronterizo de Nogales, donde el capitán Handerson, jefe de los patrulleros fronterizos, le dispensó una calurosa acogida.

—Tenemos muy buenos motoristas en pista —dijo Handerson el día que Leslie llegó—. Algunos de ellos capaces de medirse con los campeones y aún de superar a estos en arrojo y pericia. Lo que necesitamos ahora son especialistas en campo través. El tráfico de estupefacientes se ha recrudecido en nuestra frontera, pero como es lógico ese tráfico no tiene lugar a lo largo de nuestras carreteras, sino por los puntos de nuestra frontera más alejados de todo centro habitado, por dónde los contrabandistas han estado pasando durante años a caballo o a pie. Últimamente, los contrabandistas han empezado a utilizar motocicletas preparadas para toda clase de terreno. Nuestra idea es darles la réplica adecuada con un equipo de motoristas capaces de competir con ellos en cualquier clase de terreno.

Según Leslie Young supo después, la policía estaba construyendo una angosta pista a lo largo de la frontera. No se trataba de un camino

asfaltado ciertamente, y en muchos lugares el sendero desaparecía borrado en la roca de un terreno duro y accidentado. Pero con buena suerte, y mucha habilidad, conociendo de memoria el sendero, un equipo de motoristas especializado en la práctica del campo a través podría circular por el sendero recorriendo la frontera por dónde era introducido el contrabando de estupefacientes en los Estados Unidos.

Esta era la importante misión reservada a Young, a la cual hacía referencia el capitán Handerson.

Leslie asintió con la cabeza.

—Por supuesto, no podemos descuidar la vigilancia de la frontera para correr como bobos detrás de ese maldito tipo de la linterna —dijo.

—Be todas formas investigaremos el asunto. ¿Cuándo termina usted su servicio?

—Mañana al mediodía.

—De acuerdo. Todavía tenemos tiempo para dormir unas horas antes del amanecer. Apenas salga el sol, vendrá usted conmigo hasta el lugar donde ocurrió el hecho. Llevaremos un equipo de fotógrafos por si vale la pena sacar los moldes y fotografiar las huellas de los pasos de ese sujeto —Handerson se inclinó de nuevo sobre la declaración escrita de la señorita Borger—. El “Rancho del Sol”. ¡Hum!

—Creo que “Rancho del Sol” se llama ahora a la antigua hacienda de Adamson —dijo Leslie.

—Sí. Un hombre que había fracasado en un negocio de hoteles en la costa del Pacífico vino hace algunos años y encontró el rancho de Adamson, transformándolo a costa de gastarse un dineral. Aquel hombre quebró también aquí. Hace cosa de un año, Otto Frizgerman llegó a la región y adquirió el “Rancho del Sol”. Llenó periódicos y revistas de propaganda anunciando su rancho como uno de los más pintorescos del selvático Oeste. Contrató auténticos apaches y navajos como criados, vistió a sus empleados como vaqueros de opereta, trajo una antigua diligencia para llevar a sus huéspedes desde el ferrocarril al rancho... Aunque parezca mentira, la idea le fue bien y Frizgerman está realizando ahora un negocio fabuloso con los turistas. Por cierto, usted debería conocer al hombre.

—¿Dijo usted que se llama Frizgerman?

—Sí.

—El nombre me suena.

—Hace aproximadamente diez años, Otto Frizgerman arrebató el título de motorismo en la modalidad de “moto-cross” al campeón William Browning.

—Es cierto. ¿Cómo no le recordé enseguida? —exclamó Leslie—. ¿No sufrió Frizgerman un accidente que estuvo a punto de costarle la vida y le dejó invalidado para la práctica del deporte?

—Así fue. El mismo día que perdió su título, Frizgerman sufrió una

caída tan violenta que le ocasionó la fractura de la cadera. En la actualidad Frizgerman cojea todavía de la pierna derecha y anda apoyándose en un bastón-muleta. Es muy curioso que la llegada de Frizgerman coincidiera con la aparición de ciertos intrépidos motoristas que durante la noche, casi siempre en los plenilunios, cruzan con sus máquinas la frontera y avanzan trepidando a través del desierto, burlando la vigilancia de nuestra policía montada fronteriza.

—¿Quiere decir que hay sospechas de que Frizgerman tenga alguna relación con esos contrabandistas motorizados que cruzan la línea fronteriza?

—Hemos realizado una investigación secreta sobre la cuenta bancaria de Frizgerman. El “Rancho del Sol” le costó a Frizgerman doscientos setenta mil dólares, de los cuales pagó cincuenta mil al contado, obteniendo otros cien mil sobre una hipoteca de la finca. Frizgerman pagó esta primavera el último plazo de la hipoteca. No cabe duda que su rancho le da dinero, aunque no tanto para pagar cien mil dólares en menos de un año.

—Todo eso es muy interesante —observó Leslie entornando los ojos.

—Sí. Sin embargo, no cometa la indiscreción de comentarlo por ahí con nadie. Ni siquiera con sus compañeros, ¿entendido?

Handerson se puso en pie y Leslie consideró con esto terminada la entrevista.

Poco después, en el dormitorio del retén, John Randolph preguntó a su amigo de qué había tratado la entrevista con el capitán Handerson.

—Nada de particular —contestó Young—. Hablamos del loco de la linterna roja y de los contrabandistas. Parece que el sendero a lo largo de la frontera ya está terminado o a punto de terminarse. Pronto dejaré la ruta para dedicarme a mí especialidad.

Sabiendo cuál era la especialidad de Leslie Young, el agente Randolph no tuvo que preguntar cuál era la misión de su amigo en la línea fronteriza.

★ ★ ★

A las siete de la mañana, Leslie Young subió al automóvil del capitán Handerson y, seguidos de cerca por el agente Randolph en su motocicleta, rodaron por la carretera 89 de Nogales a Tucson hasta el lugar donde la noche anterior *miss* Patricia Borger había sido detenida por el hombre de la linterna roja.

Handerson no esperaba encontrar gran cosa allí, y todo lo que descubrieron fueron las huellas de las botas del loco en el polvo del desierto. A corta distancia de la carretera un caballo había permanecido amarrado a un cactus en forma de candelabro.

Mientras el equipo de fotógrafos de la policía sacaba fotos y moldes de

las huellas de las botas del hombre y los cascos del animal, Handerson preguntó a Leslie si sería capaz de seguir el rastro del caballo a través del desierto sobre su motocicleta.

—Lo intentaré —dijo Leslie.

Bajo la atenta mirada de Handerson, Leslie Young puso en marcha su moto, pasó con esta a través de la cuneta y entró en el desierto.

Aunque de potencia sobrada, la motocicleta era demasiado pesada para la práctica del “moto-cross”, según Leslie bien sabía.

El suelo del desierto, que visto de la carretera parecía llano y accesible, estaba en realidad cruzado por zanjas y pequeños barrancos en todas direcciones. Los altos cactus en forma de candelabro obligaban a Leslie a zigzaguar continuamente entre ellos, y el resto del escabroso terreno estaba cubierto por otras formas de cactus más pequeños, entre ellos la aguzada “bayoneta española”, lo cual dificultaba grandemente la marcha de la máquina.

Las huellas del caballo aparecían bastante claras de trecho en trecho. Leslie era un experto rastreador. Años atrás, cuando vivía con su padre en Arizona, un viejo Indio de la tribu hulapai solía acompañarle en sus partidas de caza, iniciando a Leslie en los secretos del rastreo, en cuyo arte eran maestros los pieles rojas.

Seguir un rastro en el desierto sobre una motocicleta era mucho más difícil que hacerlo marchando a pie o montado a caballo. Con frecuencia Leslie tuvo que detenerse, echar pie a tierra, alejarse unos pasos escudriñando el suelo para volver a la moto y reemprender de nuevo la marcha.

El terreno se elevaba lenta y continuamente y era más accidentado cuanto más lejos de la carretera.

Al intentar cruzar una barranca, la pesada máquina se deslizó, resbalando de costado y provocando la caída del piloto. Leslie se produjo un arañazo en un codo y abolló el guardabarros trasero. Para escalar la pendiente opuesta, Leslie puso el motor en marcha, embragó la primera velocidad y, marchando a pie junto a la máquina, empujó al mismo tiempo que aceleraba y aflojaba suavemente la palanca del embrague.

La cuesta era pronunciada, la tierra estaba suelta y la potente “Harley Davidson” se encabritó como un potro salvaje, estando a punto de caer sobre Leslie y aplastarle.

El parabrisas de plástico resultó hecho trizas en el accidente.

Empapado de sudor, Leslie se desembarazó maldiciendo de su guerrera, hizo un fardo con ella y la sujetó al manillar. El guardabarros trasero tocaba en la llanta frenando la rueda. Leslie tuvo que arrancar a tirones la maldita pieza, alejándola de sí de un puntapié.

Andando a pie junto a la motocicleta, Leslie marchó dando tropezones por el fondo pedregoso de la barranca hasta encontrar un lugar accesible

por dónde trepó.

Cuando marchaba de nuevo sobre la trepidante motocicleta tras el rastro del caballo, el tubo de escape se soltó. Leslie tuvo que detenerse de nuevo y arreglar la avería con un alambre. Todavía estaba allí cuando llegaron dos vaqueros arreando media docena de vacas.

—¡Hola, amigo! ¿Se despistó sin querer, o simplemente está dando un paseo? —preguntó uno de los vaqueros con sorna.

—¿Y a ustedes qué les importa? —contestó Leslie de mal talante.

Los vaqueros soltaron a dúo un silbido y arrearon de nuevo a las vacas, alejándose entre una nube de polvo.

Montado de nuevo en la motocicleta, Leslie siguió rastreando las huellas hasta llegar a un terreno rocoso en el cual se perdían las pisadas del caballo. La naturaleza accidentada de aquel terreno hacía de todo punto imposible el tránsito en motocicleta sobre él.

Leslie decidió regresar a la carretera, lo cual hizo pasando casi por idénticas peripecias que en el viaje de ida. El traqueteo de la máquina iba aflojando tornillos por todas partes, de tal suerte, que al alcanzar la carretera, la “Harley Davidson” parecía una ruidosa carreta.

—¡Caramba! —exclamó el capitán Handerson mirando de la máquina al sudoroso y polvoriento piloto—. ¿Regresa de la guerra?

—Mi máquina es demasiado pesada y complicada para la práctica del campo a través. Seguí el rastro mientras pude hasta un terreno rocoso donde perdí las huellas. Si en alguna otra ocasión he de rastrear un caballo por el desierto, sugiero que se me proporcione una motocicleta ligera adecuadamente preparada para esta clase de pruebas.

Poco después, Young regresaba en su motocicleta en dirección a Nogales, seguido por el agente Randolph montado en su máquina.

CAPÍTULO III

El puesto fronterizo era una rústica cabaña de troncos encaramada en lo alto de un pelado cerro, en el mismo borde de la frontera, desde la cual se dominaba el desierto del lado mejicano de la divisoria.

Según los planes del capitán Handerson, tres motoristas se alojarían en cada uno de estos aislados puestos, disponiendo todos ellos de su correspondiente máquina. Las motocicletas pertenecían al modelo “scat” de la firma “Harley Davidson”. Con su motor de 175 c.c. y 10 c.v. de potencia al freno, este modelo había sido diseñado especialmente por la casa para las pruebas de “moto-cross”, brians, hill-climbs (subidas de colinas) y otras competiciones deportivas. Estas máquinas llevaban un cambio de tres velocidades y en ellas los guardabarros se habían achicado, adoptándose ruedas de gran sección y agarre para la marcha por abruptos senderos.

A la puesta del sol, después de haber cenado, Leslie Young se puso las chaparreras de cuero, tal como venían usándolas los vaqueros desde hacía un siglo, se ajustó los guantes y tomó su pequeña emisora de radio portable dirigiéndose a su máquina.

Despidiéndose de sus compañeros, Leslie Young, se lanzó con su motocicleta ladera abajo donde encontró el angosto sendero que, de mojón en mojón, corría paralelamente a la línea fronteriza.

El sol se ocultó tras el horizonte, y aprovechando las últimas luces del crepúsculo, Leslie pilotó su ágil máquina por el tortuoso sendero que una brigada de trabajadores había estado practicando en las últimas semanas.

Aunque se había tratado en lo posible de allanar el camino y eliminar las curvas, el sendero no resultaba más accesible que una pista cualquiera de “moto-cross”, preparada especialmente para esta clase de competiciones deportivas.

Cuando Leslie alcanzó su puesto de observación, la noche caía con rapidez sobre el silencioso desierto. La luna, semejante a una barquilla de plata, navegaba por los confines del horizonte sobre el dentado perfil de sierra de las lejanas montañas. Leslie paró el motor, dejó plantada la máquina sobre el caballete y se dispuso a esperar.

Aunque a la mayoría de sus compañeros de patrulla estas salidas nocturnas y decepcionantes resultaban cansadas y aburridas, para Leslie Young tenían el encanto excitante de aquellas partidas de caza que en compañía de su padre y su hermano solía realizar en su temprana juventud.

Leslie poseía en grado adecuado la cualidad del buen cazador;

paciencia infinidad y sosiego de espíritu para dejar volar la fantasía mientras esperaba la llegada de la pieza. Porque el buen cazador como el buen pescador, jamás se sienten solos. El rumor del viento en las hojas de los árboles, el murmullo del arroyo entre las piedras, el mismo silencio del desierto son sus compañeros y le arrullan mientras él deja volar lejos la imaginación.

Sacando sus prismáticos nocturnos del estuche, Leslie tomó asiento sobre una roca, teniendo a su lado el transmisor de radio. La luna, en cuarto creciente, siguió subiendo en el cielo hacia el cenit. Las noches en el desierto ofrecían la particularidad de ser más claras que en cualquier otra parte del planeta. La altura y la sequedad de la atmósfera, hacían parecer más grandes y brillantes las estrellas del cielo.

En el reloj de pulsera de Leslie eran las once y cuarenta minutos cuando percibió en el silencio de la noche el lejano petardeo del escape de una motocicleta. Leslie conocía bien aquel ruido y no podía confundirlo con ningún otro que se le pareciera.

Por lo visto, la suerte iba a depararle aquella noche la oportunidad de salir de caza. Leslie saltó en pie sintiendo latir apresuradamente su corazón.

La trepidante máquina llegaba desde el sur, y por la forma progresiva que se acercaba su ruido, Leslie calculó que el motorista nocturno no iba a pasar demasiado lejos de él.

En efecto, poco después, Leslie veía a través de sus prismáticos una nubecilla de polvo que parecía correr entre la agreste flora del desierto.

Tomando el pequeño transmisor de radio, Leslie comunicó al puesto sus observaciones:

—Un motorista viene hacia mí. Voy a seguirle.

Colgando el transmisor de radio de su hombro y enfundando apresuradamente los prismáticos, Leslie corrió hacia su máquina y puso el motor en marcha. La pista le era familiar por las numerosas veces que había pasado arriba y abajo de ella en los últimos tres días, y este conocimiento previo, unido a su ansiedad y pericia, le llevaron con rapidez a atajar al motorista que en la oscuridad se disponía a cruzar la frontera.

Ahora, el ruido de la propia motocicleta impedía a Leslie escuchar el ruido del escape de la máquina del contrabandista. Pero su cálculo había sido bien hecho, y al correr apresuradamente hacia el oeste, su ruta fue a cruzar perpendicularmente el camino seguido por el piloto desconocido en dirección al norte. Pero llegó un poco tarde.

Al remontar una pequeña altura y asomarse con su máquina a la vertiente opuesta, Leslie vio al desconocido que avanzaba zigzagueando con gran habilidad entre los altos cactus y las rocas de que estaba sembrado su camino.

El motorista debió ver a Leslie en este momento. Girando bruscamente

a la izquierda, el piloto apoyó un pie en el suelo y salió con su trepidante máquina cruzando por delante de Young.

—¡Alto! —gritó Leslie—. ¡Alto o disparo!

Leslie no esperaba que el otro se detuviera, y en efecto, no se detuvo. Por el contrario, sirviéndose del freno trasero y su pierna derecha, con la pericia de un consumado piloto, dobló bruscamente a la derecha y enderezó de nuevo el rumbo hacia el norte, cruzando el sendero a partir del cual se encontraba en territorio de los Estados Unidos.

Imitando la maniobra del fugitivo, Leslie aplicó el freno y se apoyó en el pie derecho, aunque con tal mala suerte que su máquina resbaló de costado y le precipitó al suelo.

Aquella caída enfureció a Leslie excitando su celo profesional. Quizá el piloto que huía ante él fuese un jovenzuelo enteramente nuevo en la práctica del motorismo del campo a través. Seguramente no sería un piloto en posesión de tantos trofeos como su perseguidor. El cuerpo de policía entero iba a reírse de Young si este permitía que aquel motorista noctámbulo se le escapara de las manos.

Barbotando una maldición, Leslie saltó en pie, enderezó su máquina y brincó sobre ella como lo hubiera hecho un domador de caballos sobre un potro salvaje.

La “Harley Davidson” salió trepidando en persecución del fugitivo.

La persecución, al menos para Leslie Young, vino a convertirse a partir de este instante en una competición de valor, de pericia y porfiado empeño. A despecho de la mala visibilidad, los dos motoristas corrieron velozmente serpenteando por entre los cactus, brincando sobre los desniveles del terreno, descendiendo por las finas paredes de las barrancas, escalando los abruptos taludes, cayendo y levantándose...

La agreste flora del desierto azotaba las piernas de Leslie, le golpeaba en las manos cubiertas por los guantes y se clavaba sus erizados pinchos en la cara.

En la bajada por el declive de una torrentera, el motorista fugitivo resbaló, cayó y bajó rodando junto con su máquina en mitad de una nube de polvo hasta el lecho pedregoso del torrente.

Frenando con ambas ruedas Leslie se deslizó como en un tobogán hacia el fugitivo, el cual se ponía en pie y echaba a correr gateando por el talud de la pared opuesta del barranco. La máquina de Leslie chocó con la motocicleta caída en el suelo. Leslie salió dando vueltas sobre les guijarros, se puso en pie de un brinco y corrió en persecución del fugitivo, que gateaba por el talud desprendiendo una avalancha de tierra y piedrecillas.

—¡Alto, deténgase!

Leslie alargó una mano y logró alcanzar al otro por el tobillo. El fugitivo resbaló sobre el vientre y las manos en dirección a Leslie, pero de pronto levantó la otra pierna y propinó a Leslie una formidable patada en

pleno rostro.

Alcanzado en la nariz, Leslie soltó la presa y cayó de espaldas rodando hasta el fondo del barranco, donde volvió a golpearse contra el montón que formaban las dos motocicletas.

Al enderezarse de nuevo, con los ojos llenos de lágrimas, Leslie abrió la funda y empuñó el revólver calibre 45 de ordenanza. Si era necesario, detendría al fugitivo aunque fuera a balazos.

El motorista había desaparecido arriba en el talud mientras Leslie amartillaba su arma. Leslie le siguió gateando por la empinada cuesta. El fugitivo corría como un gamo entre los altos cactus, habiendo sacado una buena ventaja a Leslie cuando este llegó arriba.

“No escaparás, maldito”, refunfuñó Young para sí.

Extendió el brazo, apuntó y apretó el gatillo.

Retumbó el disparo en el silencio del desierto y el fogonazo del arma propia deslumbró a Leslie unos segundos. Al acostumbrar de nuevo sus ojos a la claridad de la luna, el fugitivo había desaparecido.

Leslie se puso en pie y echó a andar con precaución hacia el lugar donde había visto al piloto fugitivo por última vez.



Sacó sus prismáticos y observó a lo lejos

Un leve ruido a su derecha le hizo volverse con rapidez. Una bala pasó silbando junto al oído de Leslie, al mismo tiempo que retumbaba el disparo de un rifle.

Leslie se echó al suelo detrás de una roca. Era extraño, pensó. No recordaba haber visto que el piloto de la máquina fugitiva llevara ningún rifle. Más por otro lado, el oído no podía engañarle. Leslie conocía bien el estampido agudo característico de un “Winchester”.

Otro disparo retumbó en la noche para afirmar la creencia de Leslie. Sí, era un rifle. La bala pegó en la roca y rebotó dejando oír un extraño maullido.

Leslie quedó agazapado tras la roca preguntándose qué haría el perfecto policía en circunstancias semejantes. De pronto escuchó el golpeteo de unos cascos de caballo y entonces comprendió que había sido burlado.

Caballista y motorista escapaban seguramente montados en el mismo caballo.

Maldiciendo para sí, Leslie se puso en pie y permaneció inmóvil hasta que el ruido del galope del caballo se perdió en la distancia. Lentamente regresó a la barranca donde habían quedado las motocicletas.

Las dos máquinas formaban un montón en el fondo de la torrentera. Dejándose deslizar por el empinado talud, Leslie buscó su linterna eléctrica e inspeccionó bajo el foco de luz la máquina del desconocido. Esta era una “Ducatti” europea adaptada para todo terreno, con llantas especiales de mucho agarre. Atada al manillar de la máquina descubrió una bolsa de cuero. Sacó su navaja, cortó los bramantes y tomó la bolsa.

La bolsa no ofrecía nada de particular. Del tipo que algunos escolares utilizan para sus libros y los hombres de negocios para llevar sus papeles, estaba cerrada con dos broches provistos de cerradura. Sentándose en el suelo y dejando la linterna encendida a su lado, Leslie puso la cartera sobre sus rodillas y procedió a forzar las cerraduras con su navaja.

Dentro de la bolsa encontró una caja de zinc de 30 centímetros por 20 cuidadosamente cerrada y estañada por todos sus ángulos. La caja era bastante pesada.

Todavía estaba preguntándose si debería abrir la caja cuando de pronto sintió el leve rodar de unas piedrecillas por el talud, a sus espaldas.

Se tiró al suelo y sonó un disparo.

La bala rebotó contra los guijarros junto a la linterna que Leslie había dejado en el suelo. La figura de un hombre se recortaba arriba en el borde del barranco contra el cielo claro. Sonó el chasquido metálico de la palanca extractora de un “Winchester” al expulsar un casquillo vacío y empujar un nuevo cartucho dentro de la recámara del arma.

De espaldas contra el suelo, Leslie empuñó rápidamente su revólver y

disparó.

El hombre soltó el rifle, levantó dramáticamente los brazos y se precipitó de cabeza en el barranco, rodando en medio de un alud de piedras y de tierra hasta el lecho pedregoso donde Leslie estaba echado.

Otra figura humana apareció arriba en el borde del barranco. Leslie montó el gatillo, pero no tuvo tiempo de disparar. El hombre desapareció rápidamente antes que Young pudiera dispararle.

Poniéndose en pie de un salto, Leslie trepó gateando por el talud. A unos treinta pasos de distancia vio tal fugitivo que montaba de un salto en un caballo. Leslie disparó, pero un gigantesco cactus en forma de candelabro se interponía en este momento en su línea de tiro. El cactus recibió seguramente el balazo destinado al hombre, y el jinete huyó al galope perdiéndose entre la salvaje flora del desierto, dejando en el aire una nubecilla de polvo.

Leslie regresó al barranco. El hombre seguía inmóvil tal como lo dejó. Leslie lo examinó bajo el haz de su linterna eléctrica. Era un hombre de mediana edad, con cabellos claros, que dejaban entrever su prematura calvicie. El labio superior derecho lo tenía levantado por una pequeña cicatriz. Vestía ropas propias de vaquero; pantalón azul con vueltas grises, botas de montar y camisa a cuadros rojos y verdes.

Estaba muerto. El certero balazo de Leslie le había alcanzado en el pecho atravesándole el corazón.

Leslie Young utilizó su transmisor de radio portátil para comunicar al próximo puesto. Luego trepó hasta el borde del barranco y se sentó allí a esperar.

Como un baño de lechada, la difusa claridad del alba iba desprendiéndose del cielo gris y destacaba las siluetas de los tejados de la ciudad sobre un fondo plano sin relieves.

Una regadora-automóvil circulaba delante del “jeep” de la policía lanzando sus chorros a derecha e izquierda sobre el bruñido asfalto. El cabo Presty detuvo el auto ante la estación de policía.

Diez minutos más tarde, el capitán Handerson empujaba la puerta de cristales de la oficina donde Leslie Young fumaba un cigarrillo apoltronado en un confortable sillón tapizado de cuero. Leslie se puso en pie aplastando el cigarrillo en el cenicero de la mesa, en tanto Handerson, todavía con el sueño pegado a los párpados, entraba refunfuñando y colgaba su gorra de la percha.

—Hace un momento he visto el fiambre —dijo Handerson dejándose caer en su sillón giratorio—. ¿Fue absolutamente preciso matarle?

—El quiso matarme a mí. Tuve que disparar apelando al derecho de legítima defensa.

Handerson soltó un gruñido y alargó la mano hacia la cartera de cuero que Leslie había dejado sobre la mesa.

La puerta de la oficina se abrió de nuevo y el teniente Kempner entró con rostro macilento y los ojos hinchados por el sueño.

—Temprano empezamos hoy el día —gruñó Kempner, dejándose caer en una de las butacas—. ¿Qué ha ocurrido?

Young miró a Handerson solicitando permiso para hablar.

—Muy bien, cuéntelo usted.

Leslie relató su aventura de aquella noche en la línea fronteriza. Mientras contaba sus peripecias, un ordenanza entró y depositó sobre la mesa una bandeja con una cafetera y tres tazas.

Handerson hizo funcionar el dictáfono y ordenó:

—Yates, traiga a mí despacho su caja de polvos y su cámara fotográfica.

Cerró el dictáfono, se sirvió más café en su taza y luego encendió un cigarrillo.

—¿De modo que no pudo verle la cara al motorista?

—No. Pero era un hombre joven, de eso estoy seguro. Y también era un buen piloto. Su forma de conducir la motocicleta mientras huía me sugiere la idea de un experto en la práctica del “moto-cross”.

—¿Un campeón de motorismo a campo través? —preguntó el teniente Kempner.

—Por lo menos no era un novato, de eso estoy bien seguro.

—¿Y está usted bien seguro, por el contrario, de haber puesto cuanto pudo de su parte para atrapar al fugitivo? —preguntó Kempner.

Leslie Young sintió que enrojecía a pesar suyo.

—Hice cuanto pude por alcanzarle.

—Y sin embargo, no le alcanzó. ¿Quiere eso decir que el contrabandista era un experto piloto, o solamente que usted es, menos experto de lo que presume?

Desde que llegó al puesto fronterizo de Nogales, Leslie había advertido en Kempner una mal oculta animosidad contra él. Leslie no podía explicarse esta actitud del teniente, pues en verdad ignoraba haber dado motivos a este para de tal modo atraerse su antipatía.

La entrada del sargento Yates acompañado de un fotógrafo de la policía salvó la tirante situación.

—Dentro de esta cartera hay una caja de zinc —señaló el capitán Handerson—. ¿Tocó usted la caja, Young?

—Sí, señor. Pero entonces llevaba puestos los guantes.

—Perfectamente, Vea si puede encontrar alguna huella en la caja —dijo Handerson empujando la cartera en dirección a Yates.

El sargento extrajo una especie de pequeño fuelle con el cual espolvoreó la caja de zinc. Sacando después un pincel de su estuche, Yates

limpió el polvo cuidadosamente. Examinó las caras de la caja con una lupa y movió la cabeza.

—No, no hay rastro de huellas. Seguramente limpiaron la caja con un paño antes de meterla en la cartera.

—Bien, lo suponía —suspiró Handerson—. ¿Qué hay del cadáver? ¿Pudieron identificarle?

—Rustley está comprobando las huellas dactilares que le tomamos en nuestro fichero. Rustley afirma haber visto antes la cara del hombre.

—¿De veras? Eso es muy interesante —dijo Handerson, pulsando una de las teclas del dictáfono.

La voz que contestó por el dictáfono dijo:

—¿Llamaba usted, capitán?

—¿Está el sargento Rustley por ahí?

—Sí, señor. Ahora se pone al aparato.

—Exactamente como me figuraba, capitán —dijo la voz ruda del sargento Rustley—. El hombre se llamaba Archie Struber. Fue detenido tres veces y cumplió dos condenas por tráfico ilegal de estupefacientes a través de la frontera.

—Vea de averiguar dónde estuvo últimamente y con quién se relacionaba —dijo Handerson. Y cortó la comunicación.

—Está bien, veamos qué contiene la caja —dijo, después abriendo un cajón del escritorio y sacando de este unas fuertes tijeras.

La lámina de zinc de que estaba hecha la caja era delgada y se dejó atravesar por la punta de las tijeras.

Cortando con ellas la delgada plancha a todo su alrededor, Handerson practicó a modo de una tapa que levantó sin ningún esfuerzo.

Desde donde estaba, de pie junto a la mesa, Leslie Young pudo ver que la caja estaba llena de pequeños paquetes de papel blanco cuidadosamente alineados.

—Coca seguramente —dijo el teniente Kempner. Y tomó uno de los sobrecitos blancos.

Handerson tomó otro sobrecito y lo abrió, vaciándolo sobre una hoja de papel encima de la mesa. Probó con la punta de la lengua el polvillo blanco adherido a la yema de su dedo índice.

—Bicarbonato —dijo con acento que expresaba su profunda sorpresa.

—¡Diablo, es verdad! —exclamó Kempner a su vez, después de haber tocado el polvillo con el dedo y llevarse este a la punta de la lengua.

Los dos hombres se miraron en silencio.

—¿Qué demonios significa esto? —murmuró Handerson contemplando la abierta caja. Sacó toda una fila de paquetes, tomó un sobrecito de la capa de abajo y lo vació en otra hoja de papel. Lo probó—: También bicarbonato. Esto no tiene sentido.

El dictáfono dejó oír un zumbido. Irritado, Handerson oprimió una

tecla.

—¿Qué ocurre?

—Soy yo, capitán. Rustley. Archie Struber era un tipo bastante conocido en esta comarca. Últimamente trabajó en el “Rancho del Sol” para un tal Otto Frizgerman.

—¿Está seguro de eso?

—Bueno, eso es lo que me dice por teléfono un amigo mío que lo conocía bastante.

—Está bien —Handerson cortó bruscamente la conversación. Miró a Kempner—. El muerto trabajaba en el rancho de Frizgerman. Veremos qué dice Frizgerman a esto.

—¿Vamos a visitarle?

—Sí, ahora mismo. Yates, ¿ha sacado alguna fotografía al cadáver?

—Sí, señor. En este instante deben estarlas revelando en el laboratorio.

—Bueno, tráigame una donde se le vea bien. Young, si no está usted demasiado cansado puede conducir mi automóvil.

—Por nada del mundo me perdería esta entrevista —aseguró Leslie.

—Nos tomaremos un poco de tiempo desayunando en el restaurante de la esquina mientras se comprueba si todos los paquetes contienen bicarbonato —dijo Handerson poniéndose de pie y alcanzando su gorra de la percha.

Media hora, más tarde, Leslie Young sacaba el automóvil de la carretera principal y tomaba por un camino asfaltado particular que les condujo hasta el “Rancho del Sol”.

Conservando el sello y estilo de las antiguas haciendas de la época colonial española, el rancho era de nueva y reciente construcción. A un costo fabuloso, los dueños del “dude ranch” habían hecho surgir del desierto un verde oasis de palmeras y frondosos pinos, haciendo verdear un prado alrededor de una moderna piscina. El rancho, en realidad un hotel, no carecía de ninguna de las comodidades modernas. En él todo era una extraña y pintoresca mezcla de lo nuevo y lo viejo del Oeste según la versión presentada en las películas producidas en Hollywood.

En el patio cubierto de grava frente al gran pórtico en forma de arcada, varios caballos ensillados esperaban a los excursionistas que en aquel momento estaban desayunando en la terraza de hormigón junto a la piscina, distribuidos en varias mesas bajo los listados toldos de los parasoles.

Un auténtico navajo, el cual vestía su traje tradicional de gran fiesta, guio a los policías a través del patio hasta la terraza donde Otto Frizgerman desayunaba en compañía de sus huéspedes.

De estatura mediana, cabellos de un rubio ceniza y ojos gris acerado, Frizgerman correspondía al tipo del alemán popularizado en ciertas películas de espionaje de la última guerra mundial.

Sin duda para estar a tono con el carácter del rancho, Frizgerman vestía una llamativa camisa a cuadros rojos y anudaba a su cuello un pañuelo también rojo al estilo de los vaqueros. Sus huéspedes extremaban todavía más la nota, y los niños que jugaban entre la mesas vestían disfraces completos de vaquero disparando fulminantes con sus pistolas de juguete.

Al aparecer los policías, Frizgerman se puso en pie apoyándose en su bastón-muleta de acero cromado.

—¿Qué les trae por aquí, capitán Handerson? —saludó Frizgerman extendiendo su mano—. ¿Quieren desayunar con nosotros?

—Gracias, ya lo hicimos —repuso Handerson con sequedad—. ¿Podemos hablar con usted a solas?

—Naturalmente. Vengan, iremos a mí despacho.

Los policías siguieron a Frizgerman a través de la terraza hasta el interior del rancho. La casa había sido decorada sin reparar en gastos, siendo fácil de comprender la razón de que su primer dueño se arruinara.

A través de una gran sala de estar con chimenea de piedra, profusión de divanes y librerías, con un largo bar cuyo mostrador imitaba la tosca disposición de los muros de piedra sin labrar, Frizgerman condujo a los policías hasta un lujoso despacho.

Otto Frizgerman se ladeó y estiró su pierna inválida al dejarse caer en el sillón tras su mesa de caoba.

—Muy bien. ¿En qué puedo servirles?

Handerson extrajo del bolsillo una fotografía que dejó caer sobre la carpeta del escritorio.

—Sí, le conozco —dijo Frizgerman después de echar una ojeada a la fotografía—. Se llama Struber. ¿Por qué tiene los ojos cerrados?

—Porque está muerto, señor Frizgerman. Uno de nuestros agentes fronterizos le mató anoche al responder a su agresión. Tenemos entendido que Struber trabajaba para usted.

—Sí, le he dado trabajo a temporadas.

—¿Solamente a temporadas?

—Era un carácter un poco inquieto. A veces desaparecía sin avisar. Mis muchachos decían luego haberle visto en Nogales, al otro lado de la frontera borracho y en ocasiones acompañado de mujeres de dudosa reputación.

—Anoche, Struber ayudó a escapar a un hombre que, montado en motocicleta, había cruzado la frontera llevando un paquete consistente en una caja de zinc.

La faz de Frizgerman permaneció inmutable.

—¿De veras? Tratándose de Struber nada puede sorprenderme. Hay mucha gente en la frontera que obtiene algunos ingresos adicionales practicando el pequeño contrabando.

—Este contrabando no era “tan pequeño”, señor Frizgerman. La caja

contenía cinco kilos de bicarbonato. Si en lugar de bicarbonato y con el mismo riesgo, la caja hubiese contenido cocaína, ese alijo habría valido lo menos treinta mil dólares a este lado de la frontera. Es extraño que Struber y su desconocido amigo corrieran tantos riesgos para pasar unos kilos de bicarbonato que solo cuesta unos centavos a través de la frontera. ¿Usted puede explicarse por qué lo hicieron?

Si en algún momento de la entrevista el rostro de Frizgerman expresó alguna cosa, en este momento fue asombro y desconcierto.

—No. Realmente parece una estupidez.

—Supongo que usted no sabría nada de las actividades de su empleado fuera de las horas de trabajo aquí en el rancho.

—No querrán hacerme ustedes responsables de los actos de mis hombres fuera de sus horas de trabajo. Además, casualmente Struber no estaba trabajando para mí esta temporada. Hace lo menos un par de meses que nos dejó y no le hemos vuelto a ver desde entonces.

—Espero que esté usted diciendo la verdad —dijo Handerson poniéndose en pie.

Frizgerman se incorporó también, apoyándose con visible esfuerzo en su bastón-muleta de acero.

—Me imagino que la misión de la policía consiste en sospechar de todo el mundo —dijo Frizgerman—. Sin embargo, tratándose solamente de un poco de bicarbonato, no hay delito que justifique una investigación tan severa. ¿No les parece?

—Por supuesto, tiene usted razón —dijo Handerson con ironía—. En fin, no queremos molestarle más.

Al salir de nuevo a la terraza, Leslie Young se tropezó de manos a boca con la señorita Patricia Borger, que, envuelta en un corto albornoz, se dirigía a la piscina mostrando la excepcional esbeltez de sus bien torneadas piernas. Young se detuvo a saludarla.

—¿Cómo está usted, señorita Borger?

—Hola, señorita Borger, buenos días —dijo el capitán Handerson pasando sin detenerse—. Vamos, sargento. Ya hemos perdido bastante tiempo.

Leslie quedóse mirando a la muchacha, pero fue al teniente Kempner a quién esta contestó:

—Buenos días, teniente Kempner. ¿Qué les trae por aquí?

—Realizamos una simple pesquisa sobre un hombre que en otros tiempos trabajó para el señor Frizgerman —repuso Kempner—. Pero ya nos vamos. Espero que nos veamos mi día de estos.

—Adiós, teniente. Hasta la vista —dijo la señorita Borger.

Leslie le volvió rápidamente la espalda y se alejó, sintiéndose humillado y ofendido.

CAPÍTULO IV

Cuando Leslie Young despertó eran pasadas las tres de la tarde. Leslie saltó de la cama, abrió la ventana y se asomó para contemplar el sol. El carácter español del Nogales, situado al final de la Avenida Internacional, parecía contaminar a la Nogales norteamericana, lo cual no era extraño teniendo en cuenta que un gran número de residentes eran de raza hispano-americana, sin contar los varios millares de mejicanos que diariamente cruzaban la línea divisoria para trabajar en los talleres, almacenes, oficinas y comercios de la ciudad americana. A las tres de la tarde, tres cuartas partes de los habitantes de Nogales estaban entregados a su siesta.

Completamente despejado y descansado, Leslie Young procedió a afeitarse. Mientras estaba entregado a esta tarea, volvía a recordar las ironías del teniente Kempner, y sentía herida la fibra sensible de su amor propio.

Después de su visita de aquella mañana al “Rancho del Sol”, Leslie se reafirmaba todavía más en su opinión de que el desconocido piloto que logró burlarle en su carrera nocturna a través del desierto no era un novato en esta clase de competiciones.

“Nadie nace sabiendo pilotar una motocicleta como lo hizo aquel tipo”, se dijo Leslie para sí.

Ni el capitán Handerson, ni por supuesto el teniente Kempner, parecían haber dado importancia a la sugerencia. Puesto que tenía toda la tarde libre y ya había dormido, Leslie Young decidió investigar por cuenta propia en busca del desconocido motorista.

Sí, como suponía, el piloto era un corredor profesional, había muchas probabilidades de que él lo conociese de vista o al menos de nombre.

A las cuatro de la tarde, Leslie abandonó la pensión donde se alojaba y, vestido de paisano, emprendió su peregrinación de hotel en hotel y de pensión en pensión en busca del hombre.

A las seis de la tarde, Leslie se encontraba al final de la Avenida Internacional junto a la artística valla de hierro que señalaba la línea fronteriza. Después de recorrer todos los hoteles del Nogales americano había decidido que, casi con más seguridad, el presunto campeón se encontraba en el Nogales mejicano.

A las seis de la tarde, la Avenida Internacional se encontraba en toda su animación. Los turistas americanos, que cada día llegaban en gran número a Nogales, formaban con sus automóviles una larga caravana ante el puesto fronterizo de la policía mejicana que iba extendiendo los pases,

mediante los cuales los visitantes americanos podían divertirse unas cuantas horas en la vecina ciudad.

Sirviéndose de su carnet que le acreditaba como miembro de la policía del Estado de Arizona, Leslie Young cruzó sin mayores contratiempos la frontera y avanzó por la amplia calle mirando las muestras de los establecimientos escritas en español.

El Nogales mejicano, a solo unos pasos de distancia del Nogales americano, parecía distinto sin ser completamente diferente. Aquí, sencillamente, se acusaban más las notas españolas que ya sorprendían al turista americano al llegar al Nogales de Arizona. Lo que hacía a la ciudad de este lado de la frontera distinta de la otra era su bullicio, y entre otras cosas los vistosos colores de las fachadas de los edificios, los balcones y ventanas españoles, y las notas de precios de los artículos expuestos en los escaparates.

En Nogales, Sonora, el turista norteamericano siempre tenía la oportunidad de cargar con gran número de recuerdos: guitarras, “sarapes”, sombreros mejicanos, coñac español y perfumes de París a precios absurdamente bajos.

La ciudad mejicana, que vivía en gran parte a expensas de los dólares americanos, tenía bien organizados sus medios de atracción. En las “cantinas”, grupos de músicos mejicanos con sus trajes de “charros” interpretaban con guitarras y violines animados “corridos” y otras piezas clásicas de su folklore que eran bailadas por guapas muchachas ataviadas con su traje típico. Los “compadres” animaban la fiesta batiendo palmas y profiriendo sus ensordecedores gritos, mientras la tequila iba llenando las copas para ser bebida de la forma tradicional mejicana; es decir, tomando antes un poco de sal y apurando luego el abrasivo aguardiente de un trago.

En las calles, mujeres mejicanas preparaban a la vista del parroquiano la succulenta “tortilla”. La ciudad entera parecía vivir para la alegría, la miseria y el jolgorio.

Nada de esto podía sorprender a Leslie Young, quien había estado numerosas veces en Nogales. Si algo notó cambiado, fue el carácter de los mejicanos, en los cuales parecía haberse agudizado su innata astucia para sacar los dólares al vecino norteamericano.

Desde la esquina de la comercial calle Elías, Leslie estaba admirando la animada escena cuando vio deslizarse ante él un coche americano conducido por Patricia Borger.

Un carro mejicano que cruzaba en aquel momento obligó a detenerse al automóvil a pocos pasos de donde se encontraba Leslie. Este agitó una mano y llamó a la ocupante del automóvil americano.

—¡Eh, señorita Borger!

La joven no le oyó. Sin embargo, al reanudar la marcha, volvió distraídamente la cabeza. Leslie agitó de nuevo una manp creyendo que

ella le veía, pero al parecer la joven no le miraba a él.

Apenas se había alejado el coche unos metros, cuando Leslie vio pasar otro automóvil cerrado en cuyo asiento posterior, de pasada y metido entre dos tipos corpulentos, creyó ver la cenicienta e inconfundible cabeza de Otto Frizgerman.

Leslie quedó trabado en la esquina viendo como los dos automóviles se alejaban rodando lentamente al ritmo del tráfico que ocupaba toda la calle Elías. ¿Qué hacía Otto Frizgerman en Nogales marchando con su auto a la zaga del coche de la señorita Borger?

Antes que pudiese encontrar una respuesta adecuada a esta pregunta, Leslie echó a andar rápidamente en seguimiento del coche de Frizgerman. El auto, avanzando con lentitud, se detuvo en la próxima esquina. Las portezuelas del coche se abrieron por el lado de la acera, y uno del asiento delantero y otro del posterior, dos hombres saltaron a la acera y echaron a andar rápidamente en persecución del auto de la señorita Borger.

Unos metros más allá, el auto de Patricia Borger se había detenido haciendo sonar insistentemente su claxon pidiendo paso a una camioneta que bloqueaba el paso por una estrecha callejuela.

Leslie siguió andando rápidamente y al pasar junto al automóvil de Frizgerman volvió la cabeza hacia un escaparate ocultando su rostro.

La camioneta había echado a andar y el auto de la señorita Borger se internó por el estrecho callejón. Los dos hombres siguieron al auto y Leslie echó tras ellos.

La callejuela desembocaba en una plazuela tranquila, con una fuente de piedra en el centro y grandes y frondosos álamos que daban sombra a las sillas y los veladores desparramados ante el toldo listado de la puerta de un café.

El automóvil de Patricia Borger fue a detenerse en un rincón de la plaza, Leslie pudo ver un callejón que, formando una escalinata, ponía en comunicación la plaza con otra calle situada más arriba a espaldas de un destartalado edificio de adobe. Sobre la pared, encalado del edificio de adobe, un letrero en español pregonaba: "Taberna".

Patricia Borger sacó sus esbeltas pantorrillas por la portezuela del lado del conductor y saltó a la calle.

Leslie Young volvió la cabeza a un lado para evitar que ella le reconociese. Los dos hombres que iban en persecución del auto habían doblado bruscamente a la izquierda, simulando dirigirse hacia el café. Patricia Borger, después de echar una desconfiada mirada atrás, cruzó la plaza y se dirigió en línea recta a la taberna.

Los seguidores de la muchacha habían tomado sendas sillas ante un velador en la puerta del café. Un camarero mejicano se acercó a ellos. La señorita Borger desaparecía en este momento entrando en la taberna y los dos hombres se pusieron repentinamente en pie, indicando por señas al

mozo del café que no necesitaban nada.

Sin demostrar demasiada prisa, los dos individuos cruzaron a su vez la plaza, dirigiéndose a la taberna. Leslie se preguntó qué podía significar todo esto.

Los perseguidores de la señorita Borger se detuvieron un instante ante la taberna y uno de ellos echó un vistazo al interior por encima de la puerta de vaivén. Luego los dos cruzaron la puerta, entrando en la casa.

Leslie Young se quedó en la plaza sin saber qué hacer. Se dijo que la señorita Borger quizá tomaría a mal saber que la había seguido hasta allí espiando sus movimientos. Sin embargo, era posible también que se encontrase en un apuro y necesitase de su ayuda.

De mala gana, temiendo incurrir en un error, Leslie cruzó a su vez la plazuela y empujó la puerta de la taberna penetrando en el local.

Los dos individuos que habían seguido a la señorita Borger estaban ante el mostrador hablando en voz baja con el gordo y grasiento mestizo que atendía al despacho de bebidas. El mestizo señaló con la cabeza en dirección a una corta escalera que conducía a un pasillo oscuro.

Después de asentir en silencio, los dos hombres se dirigieron rápidamente hacia la escalera y desaparecieron en el corredor.

Leslie siguió de pie junto a la puerta y el mestizo del mostrador le lanzó una aguda mirada. Leslie optó por acercarse a él.

—¿Ha visto entrar a una señorita norteamericana rubia que vestía traje y zapatos blancos?

La pregunta era tonta, pues Leslie sabía de fijo que Patricia. Borger acababa de entrar allí. Sin embargo, la respuesta del mestizo fue negativa:

—No. Aquí no ha entrado ninguna señorita americana.

Los ojos de Young se encontraron con los del mestizo por encima del mostrador y en los del hispanoamericano había un brillo amenazador.

—Seguramente se equivoca —dijo Leslie—. La he visto entrar aquí no hace todavía dos minutos. Yo la encontraré.

Rápidamente se dirigió hacia la escalera. Oyó a su espalda los pasos precipitados del mestizo que abandonaba el mostrador y corría en su persecución. En efecto, el mestizo lo alcanzó cuando se encontraba a mitad de la escalera y le retuvo por un brazo.

—¡Oiga! ¿A dónde va usted?

—Busco a esa señorita. Es una amiga.

—Aquí no entró ninguna señorita. ¡Lárguese!

Young disparó su puño contra la nariz del mestizo. El hombre agitó sus brazos como aspas de molino y, perdiendo el equilibrio, cayó de espaldas rodando escaleras abajo con estruendo contra las patas de una mesa que fue arrastrada con ruido.

Dos ágiles brincos llevaron a Leslie al oscuro corredor. A la derecha vio dos puertas cerradas. Más adelante, el corredor formaba un recodo hasta el

cual llegaba a luz del día procedente de una puerta o de una ventana.

Apremiado por la prisa, sabiendo que el mestizo no tardaría en llegar tras él, Leslie avanzó rápidamente por el corredor hasta el recodo. Desde allí pudo ver al fondo una pequeña puerta de cristales que al parecer daba a la calle lateral en forma de escalinata. Otras dos puertas se abrían a la derecha de este corredor.

Se oyó de pronto un grito de mujer, seguido del estampido ahogado de un revólver.

La voz y el ruido del disparo procedían de una de las puertas a la derecha. Leslie se lanzó precipitadamente hacia la primera puerta y empujó con el hombro al mismo tiempo que hacía girar el picaporte.

La puerta se abrió con un chasquido y a los ojos de Leslie apareció una extraña escena. Un hombre joven, en mangas de camisa, le miró con sus grandes y espantados ojos. Detrás del joven, Leslie vio a uno de los tipos que había seguido empuñando un revólver todavía humeante. Un poco más allá, en un rincón contra una cama de hierro, el otro individuo sujetaba por un brazo a Patricia Borger, mientras con la otra mano le tapaba la boca.

Se produjo una dramática pausa a continuación de la entrada de Leslie. De pronto, el joven que estaba ante Leslie dobló las rodillas y se derrumbó al suelo como fulminado por un rayo. En su espalda, Leslie pudo ver la mancha de sangre que se iba extendiendo empapando la camisa. Más allá, el hombre de la pistola le miró con ojos furiosos. Lanzó una exclamación de rabia y levantó el cañón de su revólver.

Leslie Young se tiró al suelo saltando por encima del joven muerto contra las piernas del pistolero. El impacto de la cabeza de Leslie contra las rodillas del hombre hizo perder a este el equilibrio y le tiró de espaldas sobre el piso. Leslie saltó sobre él y le aplicó su puño a la barbilla.

La cabeza del pistolero resonó con lúgubre ruido al golpear en la nuca contra las baldosas del piso.

El hombre que tenía cogida a Patricia Borger soltó a esta y cruzó la habitación, cargando como un búfalo contra Leslie.

Leslie Young saltó a un lado y estiró su pierna zancadilleando al individuo. Este lanzó una sonora maldición al mismo tiempo que caía sobre su compañero derribado. Leslie saltó en pie.

—¡Pronto, salgamos de aquí! —gritó a la aterrada y estupefacta señorita Borger.

Los dos pistoleros se movían en el suelo pugnando por incorporarse. Leslie levantó su bota y aplicó un terrible puntapié bajo la barbilla del hombre que le había atacado en segundo lugar. El hombre cayó hacia atrás abriendo los brazos, y en este momento alguien cargó sobre las espaldas de Leslie, derribándole de bruces al suelo.

El mejicano que acababa de irrumpir en la habitación saltó sobre los

riñones de Leslie, pero este consiguió volverse disparando su puño contra el oído del tabernero.

El mestizo cayó de costado y Leslie se puso de nuevo en pie.

Desde el suelo, el hombre de la pistola le encañonó.

—¡Te voy a...!

Retumbó el disparo y el balazo pasó rozando la mejilla de Leslie.

Un puntapié de Leslie arrancó el revólver de la mano del pistolero. El mestizo y el segundo blanco se ponían de pie. Young derribó al hombre que acababa de perder su pistola y gritó:

—¡Rápido, salga de aquí y corra hacia la puerta que verá al final del corredor!

Patricia Borger comenzó a moverse hacia la puerta. Leslie se volvió haciendo frente a los dos hombres que le atacaban a la vez. La embestida de estos arrastró a Leslie a través de la habitación y le incrustó contra una vieja cómoda.

Un directo de Leslie a la nariz del mestizo obligó a este a recular a través de la habitación contra la cama de hierro. El otro pugnaba por sacar una pistola de la funda sobaquera. Leslie le golpeó en el estómago. Luego, su derecha salió disparada de abajo arriba, estrellándose contra la mandíbula del sujeto.

Se escuchó un crujido de huesos rotos y el hombre salió dando vueltas por la habitación, arremetiendo contra un palanganero que volcó con gran estruendo.

Mientras tanto, la señorita Borger había salido de la habitación y corría por el pasillo.

Leslie echó a correr hacia la puerta, pero el hombre que había disparado estaba en el suelo y alargando la mano le cogió por el tobillo y le hizo caer de bruces.

Furioso, Young dio una patada a la cabeza del hombre y se puso de nuevo en pie, corriendo hacia la puerta.

Llegaba a la puerta cuando dos mejicanos aparecieron en esta, bloqueándola completamente. Leslie se detuvo en seco y empezó a retroceder de nuevo hacia el interior de la habitación. En el suelo, entre él y los hombres que llegaban, estaba el cadáver del hombre asesinado.

Comprendiendo que le sería imposible escapar por el corredor, Leslie dio media vuelta y se encontró de pronto ante el gordo mestizo que le atacaba esgrimiendo un cuchillo.

Todo ocurrió con la rapidez del relámpago. Leslie detuvo en alto el brazo armado que iba a asestarle el golpe fatal. Doblando bruscamente el brazo al mestizo, Leslie arrancó un grito de dolor de los labios del hombre. Al mismo tiempo, Leslie volvía la punta del cuchillo contra su propio dueño y, empujando, se lo clavaba al mestizo en el vientre.

El terrible alarido que lanzó el mestizo puso los cabellos de punta a los

dos hombres que acababan de llegar y les dejó paralizados de terror.

Leslie no se detuvo un segundo. Cogiéndose con las manos la empuñadura del cuchillo clavado en su vientre, el mestizo se deslizaba al suelo cuando Leslie Young pegó un brinco y corrió en dirección a la ventana. Escondió la cabeza entre los hombros, se cubrió la cara con los brazos y saltó contra los cristales.

Cristales y listones de madera de la ventana saltaron con terrible estruendo al impacto del cuerpo de Young. Este fue a caer en la calle que en forma de escalinata bajaba hasta la plaza contigua. Patricia Borger bajaba corriendo los escalones y se detuvo, lanzando un grito, estando cerca de tropezar con él.

Leslie se puso de pie de un brinco. La cogió por un brazo.

—¡Vamos, no nos entretengamos más!

Mientras corrían saltando los escalones hacia la plazuela donde la muchacha había dejado estacionado su automóvil, una cabeza asomó por la ventana y una pistola hizo fuego.

El balazo pasó tocando los rubios cabellos de Patricia Borger. Los dos siguieron corriendo hasta que, un instante después, la esquina les ponía a salvo de los disparos. Corriendo a través de la plazuela, Leslie soltó a la muchacha y se adelantó a esta para alcanzar primero el automóvil y saltar ante el volante, poniendo el motor en marcha.

La gente que se encontraba en la plaza les miró con asombro mientras precipitadamente Patricia Borger abría la portezuela del otro lado y tomaba asiento junto a Young. Leslie aceleró, empujó la primera velocidad y soltó el pedal de embrague.

El automóvil dio un salto brusco adelante y arrancó, doblando sobre dos ruedas la próxima esquina.

Hasta que se encontraron de nuevo en la calle Elías, Leslie Young no se sintió tranquilo. Sorteando los automóviles americanos estacionados ante las tiendas, los jinetes mejicanos y los carros tirados por burros, Leslie Young llegó hasta la barrera del puesto fronterizo.

CAPÍTULO V

Leslie Young exhaló un suspiro de alivio viendo en el espejillo del retrovisor la barrera que caía a sus espaldas cerrando la frontera.

—¡Uf, de buena nos libramos! —exclamó.

Miró a la muchacha y de pronto descubrió que esta estaba llorando.

—Por supuesto, nos metimos en un bonito lío —siguió diciendo Leslie como hablando consigo mismo—. Un hombre asesinado por la espalda de un balazo... Un mestizo que acaso muera de una cuchillada en el vientre. ¿Para qué demonios fue usted a esa sucia taberna?

Patricia Borger siguió sollozando sin contestar. Casi de forma instintiva, Leslie guio el automóvil a lo largo de la Avenida Internacional y dobló a la derecha estacionando el automóvil a doce pasos del portal de la estación de policía. Parando el motor y tabaleando nerviosamente con los dedos sobre el volante, Leslie Young arrugó el entrecejo y murmuró:

—Ese hombre, el que cayó muerto cuando yo entraba... ¿No ha corrido alguna vez en moto? Solo alcancé a ver su cara de pasada, pero me parece recordarlo.

—Sí, Walter había participado en varias carreras de moto de campo a través —murmuró la joven con voz entrecortada.

—¡Walter Sullivan, ese era su nombre! —exclamó Leslie—. Sí, ahora le recuerdo bien. Fue en 1961, en la pista de Niágara Falls. Fue la última carrera que gané. Sullivan quedó en segundo lugar, y es posible que me hubiera vencido de no sufrir una rotura de la cadena, que le obligó a retirarse—. Leslie se volvió a mirar a la joven—. ¿Era pariente suyo? ¿Amigo tal vez?

Patricia Borger tardó un minuto en contestar:

—Era mi marido.

—¡Su marido! —Leslie guardó silencio, sorprendido y abochornado—. Había creído que era usted soltera. ¿Borger es un nombre falso?

—Es mi nombre de soltera.

—¿Por qué mintió a la policía?

—En realidad, me consideraba desligada de Walter. Lo estaba de todo sentimiento afectivo. Nunca logramos entendernos. Recientemente había enabiado demanda de divorcio.

De nuevo guardó Leslie silencio, mientras reflexionaba. Luego habló y dijo:

—Respóndame a una pregunta, Patricia. ¿Su marido andaba ayer noche por la línea fronteriza conduciendo una motocicleta con cinco kilos de bicarbonato en una caja atada al manillar?

La joven levantó su hermoso rostro y le miró sorprendida a través de sus lágrimas.

—¿Una caja de bicarbonato? No sé de qué me habla.

—Anoche, encontrándome yo en mi puesto fronterizo de vigilancia, vi llegar un motorista que cruzó la divisoria y huyó ante mí un largo trecho, hasta que conseguía alcanzarle. Su motocicleta quedó averiada en el fondo de una barranca, pero el hombre logró huir gracias a que alguien le estaba esperando con un caballo. Más tarde descubrí, atada al manillar de la motocicleta del desconocido, una bolsa de cuero dentro de la cual había una caja de zinc estañada, que esta mañana llevé a la estación de policía. Esperábamos encontrar en la caja, cocaína o heroína por valor de varios miles de dólares, pero todo lo que encontramos fueron varios sobrecitos conteniendo bicarbonato. ¿No es absurdo que nadie se arriesgara a cruzar la frontera llevando unos kilos de inocuo bicarbonato, siendo que así, con el mismo riesgo, habría podido pasar una cantidad igual de heroína o cocaína?

—¿Quiere saber si Walter era ese hombre que anoche cruzó la frontera guiando una motocicleta? No lo sé, no puedo decirle. No había vuelto a ver a Walter desde que nos separamos en Los Ángeles hace cuatro meses: En una ocasión, me escribió una larga carta disculpándose por cuanto había dicho en nuestra última pelea. Luego me telefoneó tres veces, una para preguntarme si había recibido su carta. La última vez me dijo que tenía entre manos algo que le iba a proporcionar mucho, dinero. El creía que todas nuestras desavenencias tenían por origen la misma causa: es decir, la falta de dinero. Realmente, nunca tuvimos un dólar desde que nos casamos. Walter nunca tuvo suerte. Su carácter indómito y ensoñador le impedía permanecer demasiado tiempo quieto en el mismo sitio. Tuvo varios empleos y los perdió todos. Su mala suerte le perseguía también en el deporte. Era un gran corredor. Empero, siempre ocurría algo a última hora que le obligaba a perder. Su motocicleta se averiaba... Sufría una caída... los jueces le descalificaban por esta o aquella cosa... Yo detestaba su profesión de corredor, me interpose entre él y su afición... y creo que esa fue la causa de que todo marchara mal desde que nos casamos. Hasta que, finalmente, decidí que lo mejor era que cada uno siguiera su propio camino libre de responsabilidades respecto al otro.

La joven se enjugó las lágrimas con un pañuelo, que esparció a su alrededor una nube de perfume.

—Lo siento, *miss* Borger —dijo Leslie con voz opaca—. Temo que voy a tener que llevarla hasta la policía.

La joven levantó sus ojos sobresaltados hasta el rostro de él.

—¿Quiere usted llevarme detenida? ¿Por qué razón?

—Hay algunas cosas que a la policía le gustaría saber. Por ejemplo, quiénes eran los hombres que mataron a su marido, con qué gente se

relacionaba este, sifué su marido quien pasó realmente anoche cinco kilos de bicarbonato de contrabando a través de la frontera.

—¡Pero si yo no conozco a aquellos hombres ni sé cuál era el asunto que Walter llevaba entre manos! —protestó la joven.

—Seguramente ese asunto en el que esperaba ganar tanto dinero era contrabando... contrabando de estupefacientes, *miss* Borger. ¿Sabe lo que es eso?

—Sí. Eso quiere decir que Walter era un delincuente, si es que verdaderamente se dedicaba con sus amigos a ese tráfico vergonzoso.

—No le quepa duda que su marido estaba mezclado en esto. ¿Quiere conocer mi opinión acerca de lo ocurrido?

Ella le miró en silencio y Leslie prosiguió:

—Las excepcionales aptitudes de Sullivan como corredor en la modalidad de campo a través motivó seguramente que el jefe de esta banda de contrabandistas le contratara para introducir drogas en territorio de los Estados Unidos a través de la frontera de Méjico. Sullivan, de cuyas aptitudes como piloto nadie puede dudar, debió realizar hasta tres o cuatro incursiones afortunadas a través de nuestra frontera. Sullivan, posiblemente, vio desde un principio el grave riesgo a que se exponía. Entonces debió concebir la idea de un truco para reunir de un solo golpe quince o veinte mil dólares y abandonar un trabajo tan peligroso. ¿Dijo usted que él la telefoneó asegurando que tenía entre manos un trabajo importante que iba a producirle mucho dinero?

—Walter me telefoneó a Los Ángeles hace dos semanas para decirme que me amaba, que no podía soportar la idea de nuestra separación y estaba haciendo un esfuerzo para rehacer nuestras vidas. Me dijo que pronto tendría mucho dinero... dinero que nos permitiría marchar a cualquier parte y establecer un negocio cualquiera con el que podríamos vivir holgadamente el resto de nuestras vidas. Me dijo que para esto debía venir a reunirme con él, que había conseguido para mí un contrato en un rancho, especie de hotel y club, como animadora. Aunque parezca mentira, creí en sus palabras. Walter tuvo siempre el don de persuadirme en cuantas empresas iniciaba... por muy disparatadas y arriesgadas que estas pareciesen. La vida tampoco había sido muy amable conmigo. También yo deseaba tener un hogar, sentirme por una vez y para siempre con los pies sobre la tierra, segura de mi destino como tantas y tantas personas en el mundo.

La joven se interrumpió y miró a Leslie, el cual en este momento estaba viendo a través del parabrisas del automóvil al cabo LaVarre y al agente Randolph que en aquel momento estacionaban sus motocicletas ante el portal de la estación de policía.

Leslie volvióse a mirar a la señorita Borger, la cual agregó:

—Eso es todo cuanto sé del trabajo que Walter estaba haciendo aquí.

Vine y me presenté en el “Rancho del Sol”, donde necesitaban una animadora para la orquesta.

—¿Cuándo vio a su marido?

—No le vi hasta esta tarde... Walter me telefoneó ayer citándome para hoy en la taberna de Nogales. “Todo marcha bien, Pat”, me dijo apenas entré. “Ya tengo el dinero”. No pudimos hablar mucho más. Llegaron esos hombres y...

—¿Sullivan conocía a esos hombres?

—Debía conocerles. Dijo: “¿Qué hacéis vosotros aquí?”. Ellos le contestaron: “El jefe quiere verte, Sullivan”. Walter contestó: “¿Qué quiere? Después de todo, yo no tengo la culpa si las cosas salieron mal”. Uno de los hombres se echó a reír. “Claro, amiguito”, e insistieron en llevarle enseguida. De pronto, Walter echó a correr hacia la puerca. Uno de los hombres disparó contra él por la espalda y...

—Está bien, conozco el resto. Ahora ¿quiere saber mi opinión acerca de lo que ocurrió?

Ella le miró. Leslie prosiguió:

—Sullivan sabía que desde hace unos días agentes motoristas entrenados en la práctica del campo a través, montados en motocicletas adecuadas para todo terreno, hacían servicio de vigilancia a lo largo de la frontera. Sullivan debió concebir la audaz idea de sustituir por cinco kilos de bicarbonato la cocaína que contenía la caja que él debía pasar a través de la frontera. Sullivan no solo esperaba que nosotros le cogiéramos. En realidad, se las arregló para venir a parar donde yo me encontraba montando guardia, de forma que tuve que perseguirle y alcanzarle cuando Sullivan estimó oportuno dejarse alcanzar. En circunstancias normales, si el contenido de la caja hubiese sido realmente cocaína o heroína, Sullivan no hubiese huido sin llevar consigo la bolsa. Por el contrario, abandonó el alijo junto con su motocicleta y se puso a salvo escapando en el caballo del hombre que le aguardaba en un lugar determinado de antemano. La excusa que Sullivan presentó a su jefe fue bien sencilla. La policía le había alcanzado y tuvo que huir dejando abandonado el contrabando. Por muy mal que fueran las cosas, Sullivan esperaba que transcurrirían por lo menos dos o tres días antes que sus amigos supieran que la caja contenía bicarbonato en vez de la cocaína. Durante ese tiempo, Sullivan se proponía escapar llevándose el cargamento que, mal vendido al por mayor, le hubiese reportado por lo menos quince o veinte mil dólares. Creo que ese era el dinero con el cual contaba su marido para rehacer su vida. Lo malo fue el que sus compinches se enteraron demasiado pronto del truco y fueron en su busca para darle su merecido.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la joven, llevándose los dedos a los temblorosos labios—. ¡Y pensar que yo tuve la mayor parte de culpa en todo ello!

—¿Por qué dice eso?

—Walter me amaba. Era un buen muchacho. Nunca se habría arriesgado a hacer semejante cosa de no haber sido porque creía que con dinero podría arreglar las desavenencias de nuestro matrimonio.

—Creo que se reprocha usted injustamente. Su marido tenía la obligación moral de proporcionarle un hogar y una vida tranquila. Lo que nunca debió hacer fue recurrir a sistemas tan expeditivos para reunir de una sola vez tanto dinero y dedicarse a disfrutarlo el resto de su vida. Fue un error pensar así, porque el dinero que no se obtiene honradamente jamás ha proporcionado la felicidad a nadie —dijo Leslie, repitiendo una vieja lección de moral que había escuchado numerosas veces de labios de su padre.

Ahora, Patricia Borger sollozaba de nuevo en silencio, apretando contra sus ojos su pañuelito húmedo de lágrimas. Leslie la dejó llorar hasta que ella pareció serenarse.

—Está bien. Si cree que debo presentarme a la policía...

—Sí. No solo es lo más conveniente en este caso, sino también su obligación —repuso Leslie, empujando la portezuela y saltando a la calle.

Ante la estación de policía, el agente Randolph encendía un cigarrillo mientras esperaba el regreso del cabo LaVarre, cuando vio que Young se apeaba del automóvil estacionado más allá y le hacía una seña.

John Randolph contestó al saludo con la mano, mientras Leslie Young daba la vuelta por delante del capó e iba a abrir la portezuela del otro lado. Patricia Borger saltó a la acera. Young cerró la puerta y pasó su mano por debajo del brazo de la joven empujándola suavemente en dirección a la estación de policía.

Fue en este momento cuando Leslie y el agente Randolph escucharon el chirrido de unos neumáticos unido al ruido de un motor sobreacelerado.

Leslie volvió la cabeza a tiempo de ver un “Oldsmobile” que venía a gran velocidad. Por la ventanilla derecha contigua al puesto de conductor, asomó un hombre empuñando una ametralladora...

—¡Al suelo! —gritó Young al mismo tiempo que empujaba duramente a Patricia Borger y se tiraba de bruces en la acera.

Tableteó la ametralladora. Las balas, pasando sobre las cabezas de Patricia Borger y Leslie Young, echaron abajo con estruendo la luna de un escaparate. Ante la Estación de Policía el agente Randolph quedó momentáneamente paralizado por el estupor. El “Oldsmobile” azul oscuro pasó como una centella junto al asombrado policía, y zigzagueó arrancando un chirrido del asfalto para esquivar a otro auto que venía en dirección contraria.

La primera instintiva reacción de Young, fue echar mano al revólver que llevaba en la funda sobaquera bajo la chaqueta. Pero el automóvil se alejaba a gran velocidad, y con la pistola en la mano, Young se detuvo sin

atreverse a disparar a través de la calle llena de gente y vehículos. Poniéndose en pie rápidamente, guardó el revólver en el bolsillo derecho de la chaqueta y tendió la mano a la asustada Patricia, que estaba en el suelo, sobre la acera sembrada de vidrios.

—¿Está usted bien?

—¡Sí, oh, creo que sí!

Leslie miró hacia el automóvil que se alejaba por el extremo de la calle y luego al agente Randolph, que habiendo arrojado su cigarrillo ponía en marcha su motocicleta.

—¡Vaya a la estación de policía! —gritó Leslie echando a correr hacia las motocicletas.

En este momento, el agente Randolph saltaba sobre el sillín de su máquina, y el cabo LaVarre aparecía en la puerta del cuartel seguido del sargento Rustley. Ambos miraron sorprendidos a Leslie Young, que corría hacia la motocicleta estacionada ante la acera.

—¡Me llevo su máquina, LaVarre! —gritó Young.

Haciendo aullar la sirena, la máquina del agente Randolph salió a la calle y echó a correr en persecución del “Oldsmobile” azul oscuro.

Leslie dio con el pie al pedal de puesta en marcha, saltó al amplio sillín y asió el manillar.

La potente “Harley Davidson” pegó un brinco y salió disparada por el centro de la calle.

El auto fugitivo marchaba a gran velocidad y Leslie sabía que difícilmente lograrían darle alcance. La sirena de la motocicleta de Randolph iba abriendo paso a Leslie, de modo que este pronto pudo alcanzar a su compañero, el cual, pese a sus esfuerzos, no había logrado acortar demasiado la distancia que le separaba del coche fugitivo.

El “Oldsmobile” viró bruscamente a la derecha y tomó por la carretera 82 de Nogales a Benson, por Sonorita. Esta era una carretera de segunda categoría bastante estrecha y accidentada en su recorrido. Al salir a la ruta, el “Oldsmobile” aceleró a fondo distanciándose de las motocicletas que venían aullando detrás.

Un poco rezagado respecto a Randolph, Leslie Young tiró a fondo el puño del acelerador mientras, inclinándose ligeramente, se agazapaba tras el cristal parabrisas a fin de ofrecer menor resistencia al aire.

El “Oldsmobile” marchaba delante a unos cincuenta metros de distancia, y la carretera describía allí una amplia curva alrededor de un cerro. Las dos motocicletas entraron en la curva detrás del automóvil que, peligrosamente inclinado a la izquierda, arrancaba un estridente chirrido de sus llantas sobre el asfalto. Los dos motoristas inclinaron sus máquinas hasta que sus piernas casi tocaron el asfalto.

Al salir de la curva la distancia que les separaba del “Oldsmobile” azul se había acortado en veinte metros. Otra curva estaba próxima y Leslie

empezó a acariciar la ilusión de alcanzar al auto, si es que este no se salía antes del camino y se estrellaba haciéndose pedazos.

La máquina de Leslie seguía una docena de metros detrás de la “Harley” del agente Randolph, pero ahora estaba consiguiendo que esta distancia no aumentara todavía más.

El “Oldsmobile” entró en la segunda curva, arrancando con sus llantas un largo y angustioso gemido del asfalto. Las dos motocicletas se lanzaron intrépidamente en su persecución. El auto tuvo que frenar algo la marcha y los dos motoristas habían ganado otros diez metros al salir de la curva. Mientras el “Oldsmobile” aceleraba de nuevo para recobrar su velocidad punta, las dos “Harley Davidson” se situaron a menos de veinte metros de distancia.

Leslie Young estaba preguntándose cómo conseguirían detener ellos el auto cuando vio al hombre que asomaba la cabeza y los brazos por la ventanilla derecha. El hombre empuñaba de nuevo el fusil ametrallador con el cual había estado tan cerca de matar a Leslie Young y a Patricia Borger ante la Estación de Policía.

Imaginando en una fracción de segundo el drama próximo a producirse, Leslie desvió bruscamente su máquina hacia la izquierda, fuera del ángulo de tiro del arma, pero John Randolph no estuvo en la cuenta del peligro inmediato que le amenazaba...

La ráfaga de la ametralladora acertó a Randolph o hizo reventar la llanta delantera de su máquina, o ambas cosas ocurrieron a la vez. En un instante, con la fugacidad de una visión cinematográfica, Leslie vio la máquina de su compañero saliendo de la carretera, brincando a gran altura en la cuneta y despidiendo al piloto, que fue por el aire a estrellarse contra el suelo.

Leslie no pudo ver más por el rabillo del ojo, porque su máquina seguía detrás del automóvil y él no aminoró la marcha. Por el contrario, suponiendo a su compañero destrozado o malherido, Leslie rechinó los dientes prometiéndose a sí mismo detener a aquellos bandidos fuera como fuese.

El “Oldsmobile” marchaba por la derecha de la ruta y Leslie se mantenía a la izquierda, fuera del alcance de la ametralladora. Sin duda alguna, siguiendo una indicación del hombre que manejaba la ametralladora, el conductor del “Oldsmobile” desvió el auto a la izquierda. Un pesado camión venía de frente y el “Oldsmobile” se vio obligado a tomar a la derecha. Leslie, por el contrario, continuó sobre la franja blanca que señalaba el centro de la ruta. El enorme camión pasó tan cerca de él que Leslie sintió el vaho caliente que salía del motor “Diessel” del transporte.

Al quedar atrás el camión, el “Oldsmobile” volvió a la izquierda. Era evidente que trataban de desembarazarse de él. Leslie volvió también a la

izquierda, viendo ante sí un largo tramo recto de la carretera que iba a terminar en un puente, a continuación del cual venía una curva en pendiente.

Leslie adivinó, por las maniobras del auto, que los ocupantes de este trataban por todos los medios de darle caza.

—Muy bien, veremos quién caza a quién —se dijo Leslie.

Soltando la mano derecha del manillar, Leslie sacó del bolsillo su revólver. Delante de él el “Oldsmobile” azul iba rozando casi la cuneta del lado izquierdo de la carretera. El hombre de la metralleta disparó hacia atrás. Leslie se tumbó más sobre su moto. Los proyectiles atravesaron el plástico del parabrisas y silbaron peligrosamente cerca de su cabeza.

Leslie Young estiró su brazo y tomó puntería sobre la amplia ventanilla trasera del auto. Disparó.

Pudo ver perfectamente cómo se resquebrajaba el cristal del auto alrededor del orificio de su bala. El “Oldsmobile” zigzagueó sacando escalofriantes chirridos de las llantas. Fue hacia la derecha, volvió a la izquierda y arremetió violentamente contra el pretil del viaducto, que en aquel momento iba a cruzar.

Saltaron en el aire bloques de hormigón del pretil y una de las ruedas del automóvil. Este saltó limpiamente en el aire, dio una vuelta completa de campana y cayó al fondo del barranco con estruendo formidable.

Aplicando suavemente los frenos a su moto, Leslie Young pasó sobre el viaducto y detuvo la “Harley” al otro lado de este. Saltó a tierra, dejó la máquina recostada contra un poste y echó a correr asomándose al barranco.

Allá abajo, el flamante “Oldsmobile”, convertido en informe montón de hierros retorcidos, empezaba a arder envolviéndose en grandes llamas que arrojaban negros nubarrones de humo.

Un automóvil que venía en dirección contraria se detuvo haciendo chirriar sus frenos, Leslie abandonó la carretera y se deslizó asíéndose a los matorrales por el empinado talud hacia el fondo de la barranca. Antes de que llegara al fondo del barranco, se, produjo la explosión del depósito de gasolina del auto accidentado. Leslie se detuvo. Desde arriba, el pasajero del turismo que se había detenido le gritó:

—¡No vaya, joven! Es inútil, nadie puede haber quedado con vida ahí dentro.

Poco después, junto al olor característico de la nafta, Leslie Young percibía el acre olor a la carne socarrada.

Lejos se escuchó el estridente alarido de una sirena que se acercaba rápidamente. Arriba, en la carretera, iban deteniéndose automóviles y camiones formando una larga hilera. Poco después, un auto de la policía se detenía junto a la motocicleta de Leslie y el cabo LaVarre y otro agente uniformado saltaban a la cuneta empezando a bajar por el resbaladizo

talud hasta donde Leslie Young estaba contemplando el incendio del automóvil siniestrado.

—¿Han visto al agente Randolph? —preguntó Leslie.

LaVarre movió afirmativamente la cabeza.

—Está muerto —repuso gravemente.

CAPÍTULO VI

Leslie Young se apeó del automóvil, cruzó la acera y subió los escalones, entrando en la estación de policía.

El sargento Rustley levantó la cabeza y le contempló desde el mostrador.

—¿Ya está usted aquí? Siga derecho por el pasillo. El capitán Handerson le está esperando en su despacho.

Leslie asintió con la cabeza, se alejó por el pasillo y empujó la puerta de cristales de la oficina.

Patricia Borger estaba sentada en uno de los butacones tapizados de cuero. Ante ella, el teniente Kempner estaba sentado en un ángulo de la mesa del capitán Handerson. Handerson escuchaba jugando distraídamente con un lapicero, mientras a su lado el taquígrafo tomaba nota de la declaración de la joven.

—Entre, sargento, y tome asiento —dijo Handerson—. El teniente Kempner quiere hacerle unas preguntas.

El teniente Kempner siguió dirigiéndose a Patricia Borger después de echar una mirada sobre Young:

—¿Cómo entendió usted que había conseguido su marido un contrato para usted en el “Dude Ranch” del señor Frizgerman? ¿Eran amigos su marido y el señor Frizgerman?

—No sé mucho de eso. Walter nunca me habló de Frizgerman. Sin embargo, parece que se conocían.

Kempner se volvió hacia el capitán Handerson y dijo:

—Si pudiéramos hacer venir al señor Frizgerman, acaso él respondiera algunas preguntas.

—Eso mismo estaba pensando —repuso Handerson pulsando una tecla de su dictáfono. Luego habló inclinándose sobre el aparato—: ¿Rustley? Envíe un par de hombres en un automóvil a buscar a Otto Frizgerman.

Leslie Young esperó a que el capitán hubiese cortado la comunicación para decir:

—Respecto al señor Frizgerman hay algo que ustedes deben saber. Cuando me encontraba en una esquina de la calle Elías, en Nogales, Méjico, vi pasar en un automóvil a Frizgerman con otros cuatro hombres. Dos de los hombres que iban en compañía de Frizgerman se apearon para seguir al automóvil de la señorita Borger hasta que esta se detuvo ante aquella taberna. Los dos hombres entraron en la taberna siguiendo a la señorita Borger, y uno de ellos fue quien disparó contra Walter Sullivan en la habitación donde este acababa de reunirse con su esposa.

—Todo eso es muy interesante, Young. Pero deje que yo le pregunte desde el principio —dijo Kempner áridamente.

—Está bien, pregunte usted lo que quiera —dijo Leslie.

—En primer lugar, ¿qué hacía usted esta tarde en Nogales, Méjico, siguiendo a la señora Sullivan?

—No estaba siguiendo a la señora Sullivan. Esta era mi tarde libre y había decidido emplearla buscando por los hoteles y pensiones de la ciudad a alguien que por su nombre y señas se identificase con el piloto motorista que anoche consiguió burlarme en el desierto.

—Quiere decir que emprendió usted esa investigación por cuenta propia y sin previa consulta con el capitán Handerson o conmigo, ¿no es así?

—Sí, así es. Nadie me tomó en serio esta mañana cuando afirmé que el piloto contrabandista era un experto en la modalidad de campo a través. Por el contrario, mi opinión era que un hombre que había demostrado tanto arrojo y pericia no podía tratarse de un neófito. Puede decirse que conozco a todos los pilotos que en el pasado o en el presente han participado en carreras de “moto-cross” o sus similares... o al menos les conozco de nombre. Con la idea fija de que el hombre pudiera encontrarse en Nogales, recorrí los hoteles de la ciudad examinando los libros de registro y haciendo preguntas por ahí, especialmente en los talleres que se dedican a la reparación de automóviles. En vista de que no hallé lo que buscaba y era todavía temprano, decidí pasar la frontera y continuar mis investigaciones en la ciudad mejicana. Apenas había llegado, cuando vi pasar a la señora Sullivan conduciendo un automóvil, seguida a corta distancia por otro auto en el que creí ver al señor Frizgerman.

—¿Quiere decir que no está seguro de que realmente lo viera?

—Vi una cabeza blanca y cenicienta, eso es todo lo que vi. Las cabezas de ese color de cabellos no son corrientes, lo que me hizo pensar que el ocupante del auto era Cito Frizgerman.

—¿Fue de ese automóvil de donde se apearon los dos hombres que luego siguieron a la señora Sullivan hasta la taberna?

—Sí. Los dos hombres se apearon del automóvil y caminaron detrás de la señora Sullivan. Les vi entrar con el tabernero. Subieron por una escalera a unas habitaciones reservadas. Cuando yo intentaba seguirles, el hombre que servía en el mostrador vino tras mí y quiso impedirme que subiera. Tuve que propinarle un empujón y echar a correr. Fue entonces cuando escuché el grito de la señora Sullivan seguido del ruido de un disparo. Empujé la puerta y entré. Walter Sullivan cayó muerto ante mí con un balazo en la espalda. Uno de los dos individuos que se habían apeado del auto de Frizgerman siguiendo a la señora Sullivan hasta allí tenía una pistola en la mano. Mientras luchaba con aquellos dos hombres llegó el mestizo y se unió a la refriega. La señora Sullivan salió huyendo

hacia la puerta trasera, siguiendo mi indicación. Ya me había desembarazado de aquellos individuos que iban a salir detrás de la señora Sullivan cuando aparecieron dos mejicanos que me obligaron a retroceder hacia la habitación. Entonces el mestizo se arrojó sobre mí esgrimiendo un cuchillo. Le sujeté el brazo, le retorcí la muñeca y empujé —Leslie Young se interrumpió mirando apesadumbrado al capitán Handerson. Sacudió la cabeza y murmuró—. Lo siento, temo haber herido al hombre de bastante gravedad.

—¿Quiere decir que le clavó al mestizo su propio cuchillo? —preguntó el teniente Kempner.

—Sí.

—¿Dónde le clavó el cuchillo? —preguntó a su vez el capitán Handerson.

—En el vientre.

Siguió un largo y preocupado silencio.

—Creo que tendremos que ir a esa taberna y ver por nosotros mismos lo que allí ocurrió —murmuró el capitán Handerson, poniéndose en pie—. Usted vendrá con nosotros, sargento. Y usted también, señora Sullivan.

La noche había cerrado cuando el grupo salió a la calle repartiéndose en dos automóviles policiales. Handerson, Kempner y Patricia Sullivan en un automóvil.

Young y dos detectives vestidos de paisano en el segundo vehículo.

Los dos coches cruzaron la frontera y entraron en la ciudad mejicana.

Al contrario de lo que ocurría en la ciudad americana, la animación crecía en el Nogales mejicano con la llegada de la noche. Esto se debía principalmente a las salas de juego, las cuales atraían un considerable número de turistas desde el otro lado de la frontera.

A medida que se acercaba a la taberna donde aquella tarde había luchado con los mejicanos y los secuaces de Frizgerman, Leslie Young sentíase crecientemente intranquilo. La cuchillada que había dado al mestizo, ¿no habría producido a este heridas tan graves que le causaran la muerte?

Lo único que animaba a Leslie era la idea de que, por muy mal que fueran las cosas, los dueños de aquel garito tendrían que responder de algo tan grave como era el asesinato de Walter Sullivan en una de las habitaciones de la casa.

Los autos policiales americanos entraron en la plazuela y se detuvieron.

Había mucha gente en la plaza, en la terraza del café y bajo los árboles. Tres coches de la policía mejicana estaban aparcados formando cordón ante la taberna. Los agentes alejaban a empujones a un crecido número de curiosos que se apelotonaban a la entrada del garito. El capitán Handerson echó pie a tierra seguido de la señora Sullivan y el teniente Kempner, esperando todos a que Leslie Young y los dos detectives se reunieran con

ellos.

Un policía mejicano reconoció al capitán Handerson.

—Vengan por aquí —dijo el agente.

Siguiendo en fila india detrás del policía mejicano, el grupo de americanos se abrió paso entre el gentío y entró en la taberna.

Un hombre alto, corpulento y sudoroso se abanicaba el acalorado rostro con un sombrero de paja. Al ver entrar al capitán Handerson fue derecho hacia él y exclamó:

—¡Precisamente a usted quería verle, Handerson! Temo que voy a necesitar de su colaboración para esclarecer este caso.

—¿Cómo está usted, señor Gállego? —dijo Handerson estrechando la húmeda mano de su colega mejicano—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Antes de que Santiago Gállego pudiera contestar, un hombre se abrió paso y apuntó con el dedo a Leslie Young:

—¡Este gringo fue el hombre que apuñaló a Samprillo!

Leslie pudo reconocer sin dificultad a uno de los dos mejicanos que aquella tarde le habían cortado el paso cuando intentaba escapar por la puerta trasera del edificio.

—¡Vaya, miren por dónde! —exclamó el comisario Gállego encarándose con Leslie Young—. ¿De modo que fue usted?

—¡Y esta era la mujer que estaba con él! —señaló el mejicano volviéndose hacia Patricia Sullivan.

El comisario Gállego señaló a Leslie a sus hombres y ordenó:

—Muchachos, arrestad a este hombre.

—Un momento, señor Gállego —dijo Handerson interponiéndose entre Young y los dos agentes mejicanos que alargaban sus manos hacia él—. Temo que esté llevando usted demasiado aprisa este caso. ¿De qué se acusa a este hombre?

—De haber asesinado a Luis Samprillo de una cuchillada en el vientre. Place unos minutos que Samprillo expiró a consecuencia de las heridas que le causó el acusado.

—A fin de ir aclarando las cosas. Gallego, le diré que este hombre es el sargento Leslie Young, de la policía del Estado de Arizona. El sargento se encontraba en territorio mejicano en acto de servicio. Si causó la muerte a alguien, tenga por seguro que no se trata de un asesinato, sino más bien de homicidio justificado por el atenuante de legítima defensa. Un hombre llamado Luis Samprillo murió aquí esta tarde. Pero alguien más fue asesinado, y no fue el sargento Young quien lo mató. ¿Qué me dice usted de la muerte de Walter Sullivan?

El comisario clavó sus sorprendidos ojos en la cara del capitán Handerson.

—No sé de qué me habla usted, capitán. ¿Quién es Walter Sullivan?

—Sullivan es el ciudadano americano a quién asesinaron esta tarde en

una habitación de esta misma casa.

—¿Qué está diciendo? Que yo sepa, aquí no hay ningún Sullivan ni vivo ni muerto.

—Esta joven es la señora Sullivan —dijo Handerson señalando a Patricia—. La señora Sullivan había venido a reunirse con su marido, el cual, al parecer, se encontraba alojado en una habitación de esta casa. Estando la señora Sullivan hablando con su marido, llegaron dos hombres que agredieron a Sullivan, disparando uno de ellos contra la espalda de Walter Sullivan y produciéndole la muerte instantánea. El sargento Young llegó en este momento a tiempo de sorprender a los asesinos cuando Sullivan caía muerto. A continuación, los asesinos de Sullivan agredieron al sargento Young, interviniendo también en la pelea ese mestizo llamado Samprillo. Acorralado y atacado por Samprillo con un cuchillo, el sargento Young tuvo que defenderse, y en la lucha resultó herido Samprillo de una cuchillada. Estos son los hechos tal como el sargento Young y la señora Sullivan los han relatado. ¿Quiere ahora mostrarme el cadáver de Walter Sullivan?

—Aquí no hay ningún cadáver, capitán Handerson. El único muerto, como resultas de la pelea que usted describe, ha sido Samprillo, el cual fue llevado al hospital en estado grave y acaba de fallecer allí. Por lo demás, los hechos no ocurrieron como el sargento Young y la señora los relatan.

—¿De veras? Me causa usted una gran sorpresa, comisario Gállego —exclamó Handerson con exasperante ironía—. ¿Es que acaso tiene usted una versión más verosímil de los hechos?

—Ateniéndome al testimonio de numerosas personas, lo que ocurrió fue exactamente esto: alrededor de las seis de la tarde y treinta minutos, una señora joven americana entró en la cantina y se dirigió al dueño de la misma, Luis Samprillo, diciéndole que esperaba a un amigo, para lo cual deseaba una habitación reservada. Conducida la señora a la habitación, poco después entró un hombre, al parecer el llamado sargento Young, el cual fue a reunirse con la señora americana en una de las habitaciones reservadas. Minutos después, habiéndose escuchado un grito seguido de fuertes golpes, Samprillo se dirigió a la habitación y entró en ella, sorprendiendo al hombre golpeando a la señora. Samprillo quiso intervenir, pero el hombre a quién usted llama sargento Young le agredió con un cuchillo, produciéndole una herida de carácter grave en el bajo vientre. Mientras la señora escapaba por la puerta de atrás del edificio un empleado de la casa y un amigo de la misma llamado López, aquí presente, acudieron a los gritos de Samprillo e interceptaron el paso al agresor, el cual vióse obligado a saltar por la ventana y huir por el callejón, reuniéndose con la mujer y huyendo juntos en el automóvil de ella. Cuando minutos más tarde me personé en el lugar del hecho, la habitación presentaba evidentes muestras de haberse librado en ella una violenta

lucha. Samprillo yacía herido sobre la cama, donde sus amigos le habían echado. Samprillo no pudo hablar, por lo que tuve que apelar al testimonio de López y el empleado de la casa, así como al de las personas que en aquel momento se encontraban en la cantina y vieron entrar a la señora seguida a corta distancia de este hombre.

—Sin duda la gente de Samprillo retiró el cadáver de Sullivan y lo escondió en alguna parte antes de que usted se personase en la casa —observó Handerson—. ¿Ha registrado usted la casa?

—No. ¿Por qué había de hacerlo?

—Yo le estoy dando ahora una razón para el registro. Si el cadáver de Sullivan no fue sacado de aquí, debe encontrarse oculto en alguna parte de esta casa. ¿Quiere usted que lo busquemos juntas?

—¡Pero eso es un disparate, señor! No existe tal cadáver.

—¿Cómo lo sabe?

El comisario Gállego se volvió a mirar con el ceño fruncido a sus hombres, así como a las personas que habían presentado su testimonio.

—Está bien, registren la casa —ordenó secamente.

Leslie Young miró a López, más por la tranquilidad que rebosaba el rostro de este adivinó que el registro de la policía sería infructuoso. El cadáver de Sullivan debía haber sido sacado de la casa, pues de otro modo no habría tal tranquilidad en la expresión de los falsos testigos.

El capitán Handerson dijo a Kempner y los dos detectives que le acompañaban:

—Kempner, colabore usted en el registro mientras el comisario y yo examinamos la habitación donde ocurrió el crimen. Vengan por aquí, señora Sullivan, y usted Young.

La habitación donde aquella tarde Young había luchado con los asesinos de Sullivan le pareció más mezquina y siniestra ahora bajo la luz amarillenta de la única bombilla que colgaba del techo. La habitación aparecía tal como él la dejó; la vieja cómoda sacada de su sitio, el palanganero derribado en el suelo, una silla caída más allá y el piso cubierto de los fragmentos del cristal de la ventana por la que él saltó a la calle.

—¿Fue aquí donde usted vino a reunirse con su marido, señora Sullivan? —preguntó el capitán Handerson.

—Sí, aquí fue —murmuró la joven estremeciéndose.

—¿Fue en esta habitación donde usted vio caer herido de muerte a Walter Sullivan? —preguntó Handerson volviéndose hacia Young.

—Sí, aquí fue.

—¿Dónde estaba exactamente el cadáver de Sullivan cuando usted lo vio por última vez?

Leslie señaló el suelo frente a la puerta.

—Aquí mismo.

El comisario Gállego se inclinó apoyando sus grasientas manos en las rodillas.

—No hay rastro de sangre en el suelo, ni señales de que el piso haya sido limpiado recientemente.

—Sullivan tenía la herida en la espalda y estaba aquí tendido de bruces —señaló Leslie.

—Aquí está en cambio la mancha de sangre que dejó Samprillo al caer herido bajo la cuchillada que le propinó el sargento —señaló Gállego a la roja mancha que aparecía en el centro de la habitación.

Handerson cruzó el cuarto hacia la vieja cómoda. Tiró de los cajones y miró su interior vacío.

—¿Busca usted algo, capitán Handerson? —inquirió Gállego con burlona ironía.

—Lo que busco no es lo que espero encontrar, señor Gállego. Walter Sullivan ha debido estar varios días alojado en esta habitación, aunque no cabe duda que si alguien hizo desaparecer su cadáver tendría buena cuenta también en borrar todo rastro de la permanencia de Sullivan en esta casa.

—¿Quiere que le ayude a buscar?

Con evidente desgana, el capitán Handerson sacó los cajones de la cómoda, cruzó la habitación hasta la mesilla de noche y la abrió también. Tiró al suelo las ropas de la cama, palpó el colchón y lo enrolló, mirando debajo de la cama.

Mientras tanto, una serie de ruidos procedentes de abajo indicaban que los hombres de Gállego y el teniente Kempner procedían a registrar el resto de la casa.

Poniendo derecha la silla y sentándose en ella, Gállego echó sobre su coronilla su sombrero de paja y extrajo un paquete de cigarrillos. Mientras tendía el paquete a Handerson y este negaba con la cabeza, Gállego encendió un cigarrillo y dijo, expulsando una bocanada de humo:

—Evidentemente, una de las partes está mintiendo. Por qué razón el sargento Young ha inventado esa historia fabulosa de un hombre asesinado de un balazo es cosa que ignoro, aunque no es absurda la posibilidad de que con ello pretenda excusar la cuchillada que le dio a Samprillo. De todos modos, puesto que el hecho ha ocurrido en mi jurisdicción y los dos sospechosos se encuentran aquí, me veo en la obligación de detener tanto al sargento Young como a la señora Sullivan.

—Usted no hará eso, Gállego —dijo Handerson con voz irritada.

—El hecho de que el acusado pertenezca a la policía americana no le excusa de la responsabilidad por el delito cometido. Policía o paisano americano, el señor Young es autor de un crimen.

—Hay algo más turbio y complicado detrás de ese aparente accidente en el que Samprillo halló la muerte —dijo Handerson con voz opaca—. Tenemos razones para sospechar que Walter Sullivan pilotaba anoche una

motocicleta con la cual intentaba introducir estupefacientes en territorio de los Estados Unidos. El sargento estaba buscando a ese motorista en comisión de servicio. Si tiene que responder de la muerte de Samprillo, exijo que la causa sea vista por un tribunal norteamericano en territorio de los Estados Unidos.

—Me pide usted algo a lo que no puedo acceder, Handerson. El delito fue cometido en territorio mejicano, y por lo tanto cae bajo la jurisdicción de la justicia mejicana.

Handerson contempló a su colega mejicano torvamente. Luego hizo una seña a Leslie y dijo con voz amenazadora:

—Salga por la puerta de atrás y diríjase a nuestro coche, Young.

—¡Maldita sea, Handerson! ¡Usted no puede hacerme eso! —gritó Gállego poniéndose en pie.

—Hemos colaborado juntos en numerosas ocasiones, Gállego. Usted no debería corresponder a los favores que le he hecho tratando de retener a uno de mis hombres.

—¡Ese hombre ha cometido un asesinato!

—En todo caso sería un homicidio, señor Gallego. La justicia mejicana puede formular cualquiera acusación que tenga contra el sargento Young por vía ordinaria, sin que se niegue su derecho a obligar a Young a comparecer ante los tribunales federales mejicanos.

Young había comenzado a deslizarse en dirección a la puerta. Gallego gritó:

—¡Young, le ordeno que se quede aquí!

—Váyase, Young —dijo Handerson sombríamente—. Y le advierto, comisario, que si intenta detener al sargento tendré que estropearle los dientes de un puñetazo.

Young ganó el pasillo y se alejó rápidamente por él oyendo en la habitación los gritos y maldiciones del comisario mejicano. Salió por la puerta de atrás al callejón, bajó rápidamente la escalinata y se acogió al automóvil en el cual habían llegado Handerson y Kempner con la señora Sullivan. El agente que esperaba ante el volante le miró sorprendido.

—Ponga el coche en marcha y lléveme a la frontera —le dijo Young.

—¿Sin esperar al capitán?

—El capitán Handerson lo ha ordenado. Vamos, dese prisa.

Mientras el conductor maniobraba en la plazuela esquivando a la gente y los árboles para dar la vuelta, Gállego apareció en la puerta de la cantina braceando y vociferando, seguido de Handerson y el teniente Kempner.

—Vámonos antes que esto se ponga al rojo vivo —dijo Leslie por lo bajo.

El agente conductor pareció entender el sentido de las palabras de Leslie. El automóvil salió de la plaza y volvió a la calle Elías, por la cual rodó esquivando el numeroso tráfico hasta cruzar la barrera fronteriza.

—Para aquí —dijo Leslie.

Leslie se apeó del coche y esperó cerca de la barrera hasta que apareció el automóvil donde venían la señora Sullivan con el capitán Handerson, el teniente Kempner y los detectives.

El automóvil de Handerson se detuvo y Leslie fue a inclinarse metiendo la cabeza en la ventanilla.

—¿Encontraron el cadáver?

—Naturalmente, no —repuso Handerson con brusquedad—. Vuelva a su coche. Seguimos hasta la estación.

Leslie se apartó mientras el auto del capitán Handerson reanudaba la marcha siguiendo por la Avenida Internacional hacia la estación de Policía.

CAPÍTULO VII

Ante la estación de Policía, Leslie Young volvió a reunirse con el grupo formado por la señora Sullivan, el capitán Handerson y el teniente Kempner.

Con un pie sobre el primer escalón de la escalinata que conducía al portal, Handerson se volvió a Patricia Sullivan y dijo:

—Su presencia no es necesaria aquí por el momento, señora Sullivan. Aunque me gustaría hablar con usted más tarde. Sargento, ¿por qué no lleva a la señora Sullivan a cenar a cualquier restaurante mientras nosotros terminamos con Frizgerman?

—Con mucho gusto —dijo Leslie mirando a la señora. Patricia Sullivan asintió con leve movimiento de cabeza. Señaló su automóvil, el cual tenía aparcado en el mismo lugar donde Leslie lo dejó estacionado aquella tarde.

—Podemos ir en mi automóvil.

Leslie le abrió la portezuela, la ayudó a subir y cerró, dando la vuelta por delante del capó para tomar el volante.

Rodaron en silencio unos minutos mientras Leslie, atento al tráfico, sorteaba los numerosos vehículos a lo largo de la Avenida Internacional.

Ella preguntó de pronto:

—Sargento, ¿es posible que Walter solo estuviera herido y se marchara de aquella taberna por su propio pie?

—No, no lo creo. Siento tener que arrebatarle, esa esperanza, pero por la forma en que Sullivan cayó y el sitio donde recibió el balazo, yo diría que estaba muerto y mucho antes de tocar el suelo.

—¿Cómo se explica entonces que no encontráramos su cadáver?

—Es sencillo. Aquellos mejicanos lo sacaron de la casa antes que llegara la policía. Es posible que algún día lo encontremos, pero lo más seguro es que nunca volvamos a saber de él.

Patricia Sullivan guardó silencio. Leslie encontró un espacio vacío en la zona de aparcamiento cercana a un popular restaurante y maniobró con habilidad, retrocediendo en marcha atrás hasta dejar el automóvil correctamente aparcado.

En el restaurante tuvieron la buena suerte de encontrar una mesa retirada lejos de la plataforma de la orquesta.

Un camarero se acercó a la pareja, pero Patricia Sullivan movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

—No, no tengo apetito.

—De todos modos tendrá que comer algo.

—Entonces sea por un consomé —dijo la joven.

De nuevo reinó el silencio entre los dos mientras el camarero se alejaba.

Como siguiendo el curso de un pensamiento fijo, Patricia Sullivan murmuró en voz baja:

—¡Pobre Walter! Nunca tuvo techo propio. Su desgracia es mayor que la de otros mortales, pues ni siquiera sabremos dónde reposan sus restos.

—¿Usted le quería mucho? —inquirió Leslie. Corrigiéndose enseguida —: Claro que es una pregunta tonta. Si no le hubiese querido, ¿para qué habría tenido que casarse con él?

La joven guardó un minuto de silencio. Luego, bruscamente, preguntó:

—¿Ha pasado usted hambre alguna vez?

La pregunta pilló desprevenido a Leslie.

—¿Pregunta usted si he padecido hambre alguna vez? No, nunca, que yo recuerde. En nuestra casa nunca sobró el dinero. Papá iba de un lado a otro probando toda clase de negocios y oficios. Apenas salíamos de un apuro cuando ya estábamos metidos en otro. Atravesamos momentos difíciles, pero nunca llegamos a pasar hambre.

—Pues yo sí. Nací en una choza de un suburbio de Denver, en un barrio de gentes de color. Cada noche mi padre regresaba borracho a casa, le pegaba a mí madre y nos echaba fuera a mí hermano y a mí si nos poníamos a llorar. A veces nuestro padre desaparecía por largas temporadas, y si bien es cierto que en estos períodos padecíamos hambre, al menos nos veíamos libres del terror que nos inspiraba su presencia. Le mataron de una puñalada en una riña de taberna en Galveston. Al quedar viuda, mi madre tuvo que aceptar faenas en las casas de nuestros vecinos, lo que era considerado como el colmo de la degradación incluso por nuestros vecinos negros. Ni mi hermano Sydney ni yo tuvimos ocasión de ir a la escuela. A los trece años, Sydney trabajaba de mozo en un almacén descargando sacos que pesaban el doble de él. Fue allí y en las peleas callejeras donde mi hermano debió desarrollar los músculos que más tarde le indujeron a hacerse boxeador. A mí me correspondió entrar de pinche en la cocina de un restaurante. Las privaciones y el sufrimiento llevaron muy temprano a nuestra madre a la tumba. Sydney consideró llegado el momento de abandonar Denver. Nos fuimos a San Francisco, donde Sydney ganó sus primeros dólares dejándose machacar la nariz y las cejas en una serie de combates que por lo regular terminaban en bronca. Luego se enroló con una muchacha que le llevó a ingresar en una pandilla... lo mató la policía cuando saltaba una valla de una fábrica que acababa de robar con sus compañeros.

La muchacha se interrumpió y Leslie creyó comprender que la conversación le hacía daño.

—No es necesario que siga contándome cosas. Temo que sus viejos recuerdos le estén haciendo daño.

—No hay mucho más que agregar. Fui sucesivamente camarera, empacadora de unos grandes almacenes, mecanógrafa y finalmente animadora de orquesta. ¿Quiere usted saber a qué viene todo esto? Bien, se lo diré. Cuando una persona ha vivido huérfana de todo sentimiento afectivo durante tanto tiempo, lo corriente es que se sienta agradecida al primer hombre que la trata como ser humano. Hasta que conocí a Walter todos, los hombres que se acercaron a mí venían guiados por los más bajos y mezquinos propósitos.

—Sí, lo comprendo —murmuró Leslie.

—No, usted no puede comprenderlo, pero es alentador que alguien se muestre simpático y agradable con una. En los sitios donde cantaba, los marineros y soldados que allí venían a divertirse jamás me llamaron señorita. “Chica” era el vocablo más frecuentemente usado. Walter Sullivan fue distinto de los demás. En el fondo, también él se sentía un huérfano desvalido. Mi error consistió en creer que se podía llegar al amor por el agradecimiento. Acaso esperé de Sullivan cosas que no estaba en su mano poder darme. No fuimos felices, esa es la verdad. Y no lo fuimos por mi culpa. ¡Ah, sí una pudiera volver a empezar de nuevo!

Leslie alargó su mano y la puso sobre la mano de la muchacha, que descansaba sobre el mantel.

—Naturalmente que podrá empezar de nuevo, Patricia. Es usted joven y atractiva. ¿Por qué no ha de esperar que otro hombre la haga finalmente feliz?

Ella desasíó su mano de la de él, respondiendo fríamente:

—Yo me refería a empezar de nuevo con mi marido, sargento Young.

—Sí, naturalmente, lo comprendo... —murmuró Leslie amoscado.

El camarero regresaba en este momento con los servicios. Apenas si hablaron más en el resto de la comida, hasta que, habiendo terminado, Patricia Sullivan se puso en pie con gesto de impaciencia.

—¿Regresamos? Tal vez el capitán Handerson haya concluido ya el interrogatorio del señor Frizgerman.

—Sí, vamos —dijo Leslie sin entusiasmo, abonando sobre la mesa el importe de la consumición.

Al entrar en la estación de Policía encontraron en el vestíbulo al capitán Handerson, que discutía con un hombre de unos cincuenta años de edad, el cual esgrimía su dedo amenazador ante la cara de Handerson.

—Le advierto que no consentiré el empleo de sus brutales métodos en la persona de mi cliente, Handerson. Usted no tiene base fija en que apoyar una acusación contra el señor Frizgerman.

—Eso lo veremos, Craper. Usted busque la manera de defender a su cliente, que yo ya buscaré la manera de llevarle a presidio.

—Presentaré un “habeas corpus” inmediatamente.

—Presente usted lo que quiera y váyase al cuerno —fue la abrupta

respuesta del policía.

Encasquetándose furiosamente su sombrero hasta las cejas, el abogado abandonó la estación de policía, cruzando por delante de Patricia Sullivan y Leslie Young.

—¿Ah, ya están ustedes aquí? —preguntó Handerson haciendo una seña a la pareja para que le siguieran—. Vengan, hablaremos en mi despacho.

En el despacho del capitán Handerson el teniente Kempner ponía orden a sus notas en compañía del taquígrafo.

Handerson señaló una de las butacas forradas de cuero a Patricia Sullivan, en tanto que Leslie permanecía en pie.

—Voy a hacerle una pregunta, señora Sullivan, la cual no está obligada a contestar —dijo Handerson bruscamente—. Antes de que aquellos hombres entraran en la habitación donde usted acababa de reunirse con su marido, ¿le habló este de cierta caja que contenía heroína o cocaína, y que había escondido en alguna parte?

—No. El sargento me habló de esa caja después, pero Walter no me dijo nada.

—¿No sabe usted dónde escondió su marido esa caja?

—No. Ni siquiera sabía que existía, y dudo que haya existido, al menos para Sullivan. El sargento cree que Sullivan sustituyó el contenido original de esa caja por un equivalente de inofensivo bicarbonato. ¿No es posible que otro u otros cambiaran el contenido de la caja, queriendo hacer aparecer culpable a Sullivan?

—No, no es muy probable, señora Sullivan —Handerson miró a Leslie—. Y usted, sargento, ¿cómo llegó a la deducción de que Sullivan había escamoteado la droga de la caja, sustituyéndola por bicarbonato?

—Después que mataron a Sullivan —repuso Leslie.

—Para un principiante, no está mal de dotes deductivas, sargento.

—Eso lo hubiera adivinado hasta un chiquillo —dijo Kempner.

Handerson miró al teniente y prosiguió, dirigiéndose a Patricia Sullivan:

—¿Adivina usted por qué esta tarde intentaron asesinarla disparándole una ráfaga de ametralladora desde un automóvil, señora Sullivan?

—¡Dios mío! ¿Quiere decir que aquella ráfaga de ametralladora que nos dispararon en la calle iba por mí?

—No creería usted que intentaban matar al sargento.

—Sí, eso es lo que creí.

El capitán Handerson cogió un papel de los que había sobre su mesa y dijo:

—El automóvil desde el que dispararon contra ustedes era un “Oldsmobile” sedán modelo “Holiday” azul oscuro, matrícula de Utah. El coche fue robado esta tarde a un tal Luke Densmore, quien asegura que le

que sustraído a mano estaba estacionado en una calle de Nogales, Sonora, no lejos de la casa donde según ustedes asesinaron a Sullivan. El auto ardió completamente al caer al barranco, siendo tal el estado de los cadáveres carbonizados que encontramos dentro que se hace difícil su identificación. Es posible, casi seguro, que los hombres atrapados dentro del auto robado fueran los mismos que en la taberna de Samprillo lucharon con el sargento Young, como es muy posible que el auto no fuera robado, sino cedido voluntariamente por Densmore, un sujeto con antecedentes penales que en Los Ángeles y San Francisco se dedica a las apuestas en las carreras de caballos...

Handerson apartó la hoja de papel a un lado. Luego prosiguió clavando sus ojos en el bello y pálido rostro de Patricia Sullivan:

—No es quimérico suponer que esos hombres, saliendo en persecución de ustedes, quisieran matarles pensando así evitar su posterior identificación. Mas hay otra probabilidad hacia la cual personalmente me inclino, esto es: que temiendo qué Sullivan le hubiera hablado a usted de la droga, acaso indicándole el lugar dónde está el escondrijo, el jefe de la organización envió rápidamente a sus hombres contra usted para asesinarla e impedir de esta forma que denunciara a la policía el escondrijo del contrabando.

Leslie Young intervino:

—Pero si hubieran matado a la señora Sullivan, la única que podía conocer el escondrijo de la droga después de muerto Sullivan, ¿qué saldrían ganando los contrabandistas con ello?

—Seguramente lo único que pretendían era ganar tiempo. Mientras el contrabando siga donde Sullivan lo escondió, les queda al menos la esperanza de recobrarlo. Solo si la señora Sullivan nos descubría dónde había escondido su marido el alijo, estaría completa y definitivamente perdido para ellos.

—¡Pero yo ignoro dónde escondió Walter la droga, ni siquiera si verdaderamente la escondió en alguna parte! —exclamó Patricia Sullivan.

—No le quepa duda, señora Sullivan. Su marido escondió los cinco kilos de drogas en alguna parte. Ese fue el móvil del crimen —dijo el teniente Kempner con aspereza que contrastaba con la simpatía que anteriormente había dedicado a Patricia Sullivan.

Patricia plegó sus blancas manos sobre el regazo con aire abatido.

—Señora Sullivan —dijo Handerson de pronto—. ¿Quiere usted colaborar con la policía?

—¿Qué está pensando usted? —protestó Patricia—. Les aseguro que Walter no me habló de que tuviera drogas escondidas en ninguna parte. ¿Por qué no quieren creerme?

Kempner abrió la boca como dispuesto a decir algo. Handerson le interrumpió con un gesto y dijo:

—La creemos, señora Sullivan. Sin embargo, es muy posible que los antiguos amigos de Sullivan no lo crean así. En cualquier momento, después que usted salga de aquí, ellos buscarán un contacto, con usted. Tal vez le propongan partir el valor del alijo que hurtó su marido, o tal vez la amenacen de muerte si no les dice dónde escondió Sullivan el contrabando.

Leslie Young apuntó:

—No será exponer a la señora Sullivan a un riesgo muy grave?

—No niego que correrá un riesgo. Sin embargo, la señora Sullivan se encontrará en el mismo peligro si rechaza la colaboración de la policía. Al menos, si trabaja con nosotros, estará debidamente protegida.

Patricia Sullivan miró a Leslie y por primera vez este sintió que ella verdaderamente confiaba en él.

—Acaso en eso esté en lo cierto el capitán —dijo Leslie—. Con nosotros, o sin nosotros, lo más seguro es que la banda intente averiguar bajo amenazas si usted sabe dónde escondió Sullivan la droga.

Patricia Sullivan miró a Leslie y luego al capitán Handerson.

—¿Cómo podría ayudarles? ¿Qué tendría que hacer?

—En realidad nada. Todo lo que tendría que hacer es dar a Frizgerman la oportunidad de delatarse a sí mismo. Si Frizgerman desea recobrar la droga, más pronto o más tarde recurrirá a usted con promesas o amenazas. En todo momento, usted estará bajo la vigilancia de nuestros agentes, los cuales acudirían en su ayuda en el caso poco probable que Frizgerman intentara arrancarle una confesión a viva fuerza.

—Así, pues, ¿se sabe de cierto que el señor Frizgerman es el jefe de la banda contrabandista para la cual trabajaba mi esposo?

—La verdad es que no hemos podido sacar nada en limpio de nuestro interrogatorio. Frizgerman es un hombre listo. Admitió que se encontraba en Nogales esta tarde mientras asesinaban a Sullivan, pero iba en compañía de un grupo de sus huéspedes que deseaban visitar la ciudad mejicana. Aunque queda pendiente la posterior comprobación, no me sorprendería nada que cierto número de huéspedes de Frizgerman afirmaran que estuvo con ellos esta tarde. Una de las características del “dude ranch” del señor Frizgerman es que su clientela está estrechamente relacionada con todos los *gangsters*, chantajistas y extorsionistas de la costa del Pacífico. Por supuesto, sabemos que Otto Frizgerman es el jefe de una banda de contrabandistas o al menos uno de sus directores. Probar que lo es será mucho más difícil, y para eso confiamos en usted.

—¿Entonces, debo volver al “Rancho del Sol”? —preguntó Patricia Sullivan.

—Sí. Debemos dar toda clase de facilidades al señor Frizgerman para que pueda tener una charla a solas con usted y le ofrezca partir las ganancias del alijo que Sullivan escamoteó, si usted accede a decirle dónde

está escondido.

Patricia Sullivan guardó silencio unos instantes. Luego, poniéndose bruscamente en pie, dijo:

—Si Frizgerman resultara ser el jefe de la banda, él sería también quien ordenó el asesinato de mi marido, ¿no es cierto?

—Sí. Eso al menos es lo que creemos —repuso Handerson.

—Después de lo ocurrido, ya no me atrevería a poner las manos en el fuego a que mi marido no estaba cometiendo nada delictivo —dijo la joven—. Sin embargo, fuera bueno o malo, Walter no merecía seguramente la muerte que recibió. Quiero colaborar, con ustedes en la búsqueda y captura de su asesino.

—Probablemente el asesino de Sullivan estará muy cerca de usted cuando dentro de unas horas dejemos en libertad a Frizgerman por falta de pruebas. Cuál será la reacción de Frizgerman al encontrarla a usted en su rancho, es cosa difícil de adivinar. Puede que desconfíe, o puede que decida arriesgarse proponiéndole a usted partir las ganancias si le confía el lugar donde Sullivan escondió la droga. En todo caso, su propia seguridad de usted dependerá en mayor parte de su serenidad, su astucia y su sangre fría. No cometa el error de creer que Otto Frizgerman es un hombre fácil de engañar.

—Conozco a los hombres de la clase de Otto Frizgerman —aseguró Patricia Sullivan poniéndose en pie.

—¿Quiere que la acompañe alguno de nuestros agentes? —preguntó Handerson levantándose a su vez.

—No es necesario, muchas gracias. Si he de valerme sola en este asunto, prefiero empezar ahora mismo.

Leslie Young permaneció donde estaba mientras Handerson acompañaba a la joven hasta la puerta y se despedía de ella en el pasillo.

Poco después Handerson volvió a entrar en el despacho y dijo:

—No es que confíe mucho en ella, pero podría darnos la solución al caso.

—Frizgerman no se dejará coger en la trampa —observó el teniente Kempner—. Al menos, no intentará un contacto directo con esa mujer hasta que haya registrado de arriba abajo en todos los lugares donde Sullivan pudo haber escondido la droga. Y es muy posible que Frizgerman la encuentre finalmente.

—Veremos —dijo Handerson, dejándose caer en su butaca y empezando a jugar con un lapicero—. Veremos. Tal vez no podamos coger nunca a Frizgerman acusado de tráfico clandestino de estupefacientes. En cambio, cabe lo posible que algún día lo atrapemos y reciba un castigo mayor bajo la acusación de asesinato.

Handerson levantó de pronto la cabeza y miró a Leslie.

—¿Por qué no se va a dormir, sargento? El día ha sido muy atareado

para usted.

Poco después Leslie Young abandonaba la estación de Policía y por las calles que empezaban a quedar desiertas se dirigía a la modesta pensión donde estaba alojado.

CAPÍTULO VIII

La vida en el puesto fronterizo, sin ser demasiado cansada, era monótona y aburrida. Diez excursiones nocturnas de Leslie Young a lo largo del sendero fronterizo habían resultado otros tantos paseos estériles.

Desde que Walter Sullivan cruzó la frontera en su moto, ni una sola vez se repitió el intento en el extenso sector guarnecido por los policías motoristas. En otros lugares, en cambio, los patrulleros de la policía estaban muy atareados buscando al loco de la linterna roja.

En efecto, dos días después del regreso del sargento Young al puesto fronterizo, el misterioso sujeto de la linterna roja había vuelto a hacer de las suyas. Y esta vez no fue posible al capitán Handerson ocultar el hecho.

Los periódicos del Estado hicieron amplio comentario de lo ocurrido, la noticia de que un sádico se apostaba en la cuneta de las carreteras de Arizona para detener a los automóviles y obligar a desnudarse a las mujeres, se extendió al resto del país. Todo ello tuvo como consecuencia una indignada protesta contra el Cuerpo de Policía. Los dos casos anteriores en que las autoridades de Arizona habían ocultado la existencia del hombre de la linterna fueron sacados también a la luz. El nombre y la fotografía de Patricia Sullivan aparecieron en los periódicos.

En el intervalo de una semana más, el loco de la linterna roja reapareció dos veces en lugares distintos de la red de carreteras del Estado.

Después de su infructuosa excursión de la noche anterior, la cual se había prolongado hasta bien entrado el amanecer, el sargento Leslie Young acababa de levantarse cuando llegó al puesto fronterizo el automóvil “jeep” de la policía que diariamente traía de Nogales los suministros, el correo y la prensa diaria.

Aquel día, el conductor del “jeep” trajo, además, una orden verbal del capitán Handerson:

—El capitán quiere que cojan ustedes sus motocicletas y regresen con ellas a Nogales —informó a Leslie, quien por su graduación era el comandante del puesto.

—¿Qué ocurre?

—Anoche el loco de la linterna roja volvió a aparecer. El fiscal general llamó por teléfono al capitán Handerson esta mañana. No sé exactamente lo que hablaron el *attorney* y el capitán Handerson. Pero algo grave debía ser cuando Handerson decidió sacar a los agentes motoristas de la frontera y llevarlos de nuevo a patrullar por las carreteras.

Aquella tarde, después de almorzar, Leslie Young y los dos motoristas especialistas en “moto-cross” montaron en sus máquinas y rodaron por un

polvoriento sendero hasta la carretera general, por la cual se dirigieron rápidamente a Nogales.

Leslie Young encontró que en los días que faltaba de la ciudad, el capitán Handerson había adelgazado y parecía más pálido y ojeroso que de costumbre. La razón era que Handerson se había convertido en blanco predilecto de las críticas de la Prensa, las protestas de los usuarios de las rutas del Estado y las recriminaciones del fiscal general, el gobernador, los políticos y el jefe de Policía del Estado de Arizona.

En Nogales, en la estación de Policía, Leslie Young se encontró con otra docena de agentes y suboficiales motoristas recién llegados de la línea fronteriza. El capitán Handerson concentró a todos en la gran sala que corrientemente era utilizada para la identificación de los criminales.

Subido al estrado, donde los delincuentes y sospechosos solían posar de pie ante los fotografías junto a una escala graduada en pulgadas, el capitán Handerson habló a los agentes:

—Sí, el fiscal del Estado nos ha ordenado ocuparnos menos de la represión del tráfico de estupefacientes y tratar en cambio por todos los medios de capturar a ese loco de la linterna roja.

Ante un gran mapa del Estado, Handerson señaló con un puntero los lugares por dónde el loco de la linterna había aparecido.

—Aunque va para la media docena de veces que ese tipo ha aparecido en nuestras carreteras, seguimos conociendo tan poco de él como la primera vez. Sabemos únicamente que sigue utilizando un caballo, un rifle “Winchester”, una linterna roja y un traje de vaquero. Los testigos, digamos mejor las víctimas que le han visto alguna vez, coinciden en asegurar que el hombre enmascara su rostro detrás de un pañuelo negro. Con tan escasos datos y ante la falta de un sistema que rija sus actuaciones a determinado lugar, el plan que hemos elaborado para capturarlo es el siguiente: Todo consiste en meter algunas motocicletas ligeras en otros tantos autos tipos “wagon”, los cuales recorrerán las carreteras durante la noche a la espera de que el loco de la linterna surja a la vera del camino. El hombre de la linterna que espera junto al camino el paso de un vehículo solitario, no puede adivinar detrás de los faros que se acercan si hay un auto ocupado por policías o turistas. Con todo, las probabilidades de que el hombre de la linterna detenga precisamente a un auto de la policía es del orden de una entre cien. Como verán, el plan no es muy ingenioso que digamos, pero entre esperar sentados a que ese criminal aparezca, y movernos, es preferible que al menos nos vean moviéndonos.

Los agentes motorizados se miraron unos a otros.

—¿Cuándo debemos empezar? —preguntó un sargento.

—Mañana. Todos ustedes tuvieron servicio la noche pasada. Les queda toda la tarde de hoy y el día de mañana para descansar y tener preparadas sus motocicletas. Vengan por aquí mañana entre las doce y la una y

recibirán sus instrucciones respecto a la ruta que cada uno deberá patrullar.

Al abandonar la sala junto con sus compañeros, Leslie Young se quedó rezagado en el vestíbulo esperando una oportunidad de entrevistarse a solas con Handerson.

El capitán Handerson iba hacia su despacho cuando Leslie le alcanzó.

—Hola, sargento —dijo Handerson desganadamente.

—Usted me perdonará si parezco curioso, capitán. ¿Hemos avanzado algo en la resolución del caso Frizgerman?

—Bueno, entre y fumemos un cigarrillo mientras charlamos —dijo Handerson.

En el despacho del capitán, el teniente Kempner examinaba un libro de notas y levantó la cabeza contestando con un gruñido al saludo de Leslie.

En su butaca giratoria detrás de la mesa de acero, el capitán Handerson arrojó una bocanada de humo al espacio y dijo:

—No, no ha habido suerte en el caso Sullivan. Dada la situación del rancho de Frizgerman en pleno campo, así como el carácter de sus huéspedes, estaba resultándonos muy difícil mantener una vigilancia eficaz sobre la señora Sullivan y el propio Frizgerman. Tal como me temía, Frizgerman resultó ser demasiado listo. Ni una sola vez intentó un contacto con la señora Sullivan, o esto es al menos lo que la joven nos ha asegurado. Al cabo de unos días, tuvimos que retirar nuestros vigilantes. Frizgerman se quejó al fiscal general asegurando que la no justificada vigilancia de nuestros agentes ponía nerviosos a sus huéspedes y estábamos perjudicando su negocio. A petición del fiscal tuvimos que retirar nuestros detectives.

—¿Sigue la señora Sullivan en el “Rancho del Sol”? —preguntó Leslie.

—Sí. Esta mañana telefoneó diciendo que deberíamos darle permiso para regresar a Los Ángeles en vista del punto muerto en que habían caído nuestras pesquisas para descubrir al asesino de Walter Sullivan. Le prometí reflexionar sobre el asunto y darle una respuesta mañana.

—Si la señora Sullivan se marcha, ¿no puede significar eso el fin de todas nuestras esperanzas de desenmascarar a Otto Frizgerman? —preguntó Young.

—Nunca cogeremos a Frizgerman en una trampa tan inocente como esa de delatarse a la mujer de su víctima, proponiéndole ir a medias en el alijo que Sullivan ocultó en alguna parte.

El teniente Kempner intervino y dijo:

—O ella es más astuta que nosotros. En realidad, ¿cómo sabemos que no ha llegado a un acuerdo con Frizgerman? Después de todo, es posible que su marido le dijera dónde había escondido la droga antes que llegaran los guardaespaldas de Frizgerman y le asesinaran.

Leslie Young protestó acaloradamente:



Asomó un hombre empuñando una ametralladora

—¿Llegar la señora Sullivan a un acuerdo con Frizgerman? No, eso no es posible. Nada desea ella tanto como desenmascarar al asesino de su marido.

—No seamos ingenuos —especió Kempner con desdén—. El arresto del asesino de Sullivan no devolvería la vida a este. ¿Qué saldría ganando esa mujer con decirnos dónde ocultó la droga su marido? Ella no le quería, había entablado demanda de divorcio. Lo más probable es que Sullivan se confiara a ella diciéndole dónde había ocultado los cinco kilos de estupefacientes. En cualquier momento, esa mujer se pondrá de acuerdo con Frizgerman para partir las ganancias producto de la venta de la droga en los Estados Unidos. Pero nosotros nunca lo sabremos.

Inquieto y mortificado, Leslie Young se despidió del capitán Handerson y abandonó la estación de Policía dirigiéndose a la pensión de la señora Duquesne, la cual le recibió con grandes muestras de afecto.

Leslie tomó un baño, se afeitó y se puso sus ropas de paisano.

No podía apartar de sí el recuerdo de las palabras del teniente Kempner. Kempner, con toda seguridad, hablaba sin fundamento alguno al insinuar que Patricia Sullivan podía haberse puesto de acuerdo con el asesino de su marido para partir el valor del alijo de drogas que el infortunado Sullivan trató de escamotear.

Repentinamente, Leslie Young decidió ir personalmente al “Rancho del Sol” y ver a Patricia Sullivan.

La tarde iba muy avanzada cuando Leslie tomó esta decisión. Fue al garaje de la “Patrol Highway” y sacó su motocicleta ligera. Las normas del Cuerpo policíaco prohibían a sus miembros utilizar los vehículos oficiales para su uso particular. Sin embargo, ocurría algunas veces que los agentes se servían de los vehículos, como el capitán Handerson se servía de su auto oficial tanto si estaba de servicio como fuera de él.

En realidad, la tarde no convidaba a un paseo en motocicleta. Un viento fresco barría el desierto levantando grandes polvaredas desde el Noroeste. Negras nubes de tormenta se acumulaban sobre las montañas Baboquivari cuando Leslie Young abandonó la ciudad y tomó la ruta 89 en dirección al norte. El sol cayó tras las nubes dando lugar a un prematuro anochecer. Leslie siguió rodando a moderada velocidad en tanto que la noche caía en rapidez sobre el desierto.

A tres kilómetros de las ruinas de Tumacacori, una linterna roja brillando en la semipenumbra del anochecer hizo que el corazón de Young diera un vuelco. Naturalmente, su primer pensamiento fue que se trataba del loco de la linterna roja, pero pronto descubrió que estaba equivocado.

La linterna roja colgaba de un poste como señal de peligro junto a las reparaciones que se estaban efectuando en la calzada. La mitad de la carretera estaba obstruida por grandes montones de grava, barriles de

alquitrán y una apisonadora. Leslie entró con precaución en el angosto pasaje y animó de nuevo la marcha temiendo mojarse antes de haber llegado al “Rancho del Sol”.

Era casi de noche cuando llegó al “dude ranch”. Al oeste, los relámpagos brillaban sobre los montes Baboquivari, y en el intervalo, en las brúscas caídas del viento, se escuchaba lejos el fragor de los truenos. La terraza estaba desierta y los huéspedes de Frizgerman se disponían a comer en el gran salón comedor con ventanales apaisados sobre el desierto.

Siendo el rancho en sí un hotel, la administración del mismo no rechazaba a los trasnochadores de la ciudad ni a los habitantes de los ranchos vecinos, que venían por aquí de vez en cuando a cenar escuchando la orquesta y bailando un rato. Nadie impidió a Leslie la entrada. El “maître” de hotel condujo a Leslie hasta una mesilla un poco retirada junto a uno de los ventanales. Mientras los camareros, vestidos de indios, empezaban a servir la cena, las luces del salón se atenuaron, se encendieron las lamparillas individuales de mesa y un reflector iluminó el estrado de la orquesta.

Patricia Sullivan apareció vistiendo un elegante traje de noche cuyo tejido brillaba con centelleos dorados bajo la luz del reflector. Su voz armoniosa se unió a los acordes de la orquesta y cantó con gusto y sin esfuerzo. Leslie Young, que la había recordado numerosas veces mientras permanecía en el puesto fronterizo, sintió dentro de sí un tibio calor. Ahora supo que había estado deseando verla desde hacía dos semanas, y el hecho de no haber descubierto antes que estaba enamorado de ella le sorprendió. Esta y no otra era la razón por la cual había sentido disgustado cuando el teniente Kempner puso en duda la honradez de las intenciones de la joven viuda.

Leslie la escuchó extasiado hasta que ella terminó entre el discreto aplauso de los comensales. Volvieron a encenderse las luces en el salón, la orquesta inició de nuevo la canción que Patricia Sullivan acababa de interpretar y algunas parejas salieron a bailar a la pista.

Leslie Young siguió cenando hasta que, al cabo de un rato, Patricia Sullivan vino entre las mesas y se le acercó.

—¿Por qué no me mandó aviso anunciándome que estaba aquí? —preguntó la joven.

Leslie se puso en pie y apartó una silla invitándola a sentarse.

—Pensaba hacerlo un poco más tarde, cuando hubiese terminado de cenar. ¿Usted ha comido?

—Suelo comer un poco antes de comenzar mi trabajo. Al terminar como otro poco antes de acostarme. ¿Cómo no se le ha visto en tantos días?

—Estuvimos patrullando la línea fronteriza. Solo que los contrabandistas no se dejaron ver —dijo Leslie, sentándose después que lo

hubo hecho ella—. Hoy regresé a la ciudad y no quise dejar pasar ni una hora sin venir a verla.

Las hermosas pupilas azules de la joven se clavaron en el rostro de Leslie, el cual sintió que enrojecía levemente.

—El capitán Handerson me dijo esta tarde que había usted pedido permiso a la policía para regresar a California. ¿Es eso cierto? —preguntó Leslie.

—Sí.

—¿Y está decidida a... marcharse?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Mis relaciones con el señor Frizgerman y el resto de los empleados de este rancho son muy tirantes desde qué ocurrió lo de Walter. Ahora no me cabe la menor duda que Walter estaba en relación con Frizgerman. El trataba de disimularlo mostrándose cortés y amable, pero en el fondo yo sé bien que me detesta.

—¿No le insinuó Frizgerman ni una sola vez la posibilidad de llegar a un acuerdo con usted respecto a las drogas que se supone escondió Sullivan?

—No. Jamás ha mencionado el nombre de Walter ni dejado entrever que deseara hablar conmigo respecto a lo sucedido. Esto, naturalmente, es muy enojoso para mí.

—Sí, la comprendo —murmuró Leslie.

Miró a través de la ventaba al desierto que ofrecía un extraño aspecto bajo el lívido fulgor de los relámpagos—. ¿Quiere saber lo que estoy pensando? Arizona va a parecerme menos hermoso después que se haya marchado usted.

Al volver repentinamente el rostro encontró los ojos de Patricia que estaban clavados en él. Los rojos labios de la mujer se curvaron en una triste sonrisa.

—No será tan grave, Young.

Leslie adelantó impulsivamente una mano y cogió la de ella, que descansaba sobre el mantel.

—¿No podría quedarse unos días más, Patricia?

—¿Para qué había de hacerlo?

—Solo para que pudiese conocerme mejor antes que yo le dijera... bueno, se lo diré de todos modos. Me gusta usted, Patricia. Nunca había pensado en serio en estas cosas, pero de unos días a esta parte siento que mis pensamientos siguen nuevos derroteros. Por primera vez empiezo a notar la falta de un verdadero hogar. Su experiencia en su anterior matrimonio ¿fue tan mala que no le inclina a casarse de nuevo?

—¿Me está pidiendo que me case con usted, Young? —preguntó la joven, con las pupilas húmedas.

—Sí.

—Sus palabras me hacen sentirme muy halagada, Young. Sin embargo,

temo no estar preparada para darle una respuesta inmediata. La verdad es... bueno, me ha pillado usted de sorpresa —Patricia se echó a reír y Leslie, que nunca la había visto con esta nueva expresión de alegría en los rientes ojos, sintió que se consideraría un hombre fracasado para el resto de su vida si no conseguía hacerla su esposa.

—Mi impaciencia, al menos, me permitirá esperar su respuesta hasta mañana —dijo Leslie, sintiéndose repentinamente audaz.

Patricia movió lentamente su rubia cabeza. De nuevo sonrió.

—No, Young. Creo que será mejor que yo me vaya. Deje que regrese a Los Ángeles y pueda meditar en mi soledad. Es usted un gran muchacho y le aprecio sinceramente. Sin embargo, no puedo evitar sentirme asustada ante la perspectiva de contraer matrimonio por segunda vez.

—Sin restarle méritos al pobre Sullivan, estoy seguro de que iba a irle mejor en este segundo matrimonio —prometió Leslie rotundamente.

Ella se puso en pie. Leslie la imitó con aire preocupado.

—¿Se marcha ya?

—Mi número va a comenzar Si se queda usted más rato...

—No. He venido en motocicleta y temo que si me quedo más rato empiece a llover. Mañana tendré todo el día libre. ¿Vendrá usted a la ciudad?

—No se lo puedo prometer. En fin, veremos... —ella alargó su mano, que Leslie cogió con entusiasmo entre las suyas.

La vio alejarse por entre las mesas, contorneando levemente las caderas. Encendió un cigarrillo mientras las luces volvían a atenuarse y Patricia empezaba a cantar. Mientras la escuchaba llegó un camarero.

Leslie abonó su cuenta, se alejó hacia la puerta y se detuvo allí hasta que la cantante dio fin a su número. Luego salió a la terraza y se dirigió al lugar donde había dejado su motocicleta.

La noche era tenebrosa. La dirección del viento había cambiado y él era quien sostenía a las negras nubes de tormenta en su avance sobre el desierto. Leslie subióse el cuello de la americana, se puso los guantes y las gafas y partió.

Los relámpagos seguían iluminando intermitentemente el silencioso desierto hasta las lejanas montañas. El viento cayó. Retumbó un trueno. Antes que Leslie alcanzara la carretera principal empezaron a caer goterones de lluvia.

Perseguido por la tormenta, Leslie Young animó la marcha alcanzando la carretera principal y tomando la dirección de Nogales. El agua arreciaba por momentos y a lo lejos aparecieron las luces del parador. Inclínándose sobre el manillar, Leslie Young aceleró y llegó al parador en el preciso momento que descargaba la tromba de agua.

Había un par de automóviles estacionados sobre el cemento de la zona de aparcamiento del parador, y uno de ellos era un “wagon”. Las grandes

puertas del garaje de Laing estaban entreabiertas. Leslie llevó al garaje su motocicleta, corrió bajo la lluvia, y entró en el parador empujando las puertas de cristales.

Como la primera noche que Leslie Young salió de patrulla, unos vaqueros contemplaban la televisión teniendo ante sí sendos vasos de *whisky* y dos frascos de soda. En un extremo del mostrador, Gladys Laing charlaba y reía por lo bajo con un hombre alto, de fuertes espaldas, encaramado en una banqueta.

La entrada de Leslie fue seguida de un leve movimiento de cabezas en dirección a él. El hombre que estaba de espaldas sobre la banqueta volvió los ojos y arrugó el ceño.

—¡Que me empalen si este tipo que veo allí no es mi viejo amigo Young! —exclamó.

Leslie reconoció en el mismo instante a James Funston.

CAPÍTULO IX

Alrededor de las once dejó de llover. Para entonces, la película que daba la televisión había terminado y los vaqueros se acercaron al mostrador para abonar sus cuentas, lanzar unas cuantas miradas insinuantes sobre la rubia y provocativa Gladys y abandonar el parador.

En este instante, Leslie Young y James Funston habían agotado el relato de sus respectivas experiencias en la vida desde que se separaron años atrás.

—Hemos de celebrar este encuentro —dijo James.

—¿Pues no lo estamos celebrando?

—Me refiero a celebrarlo de otra, forma —Funston lanzó una furtiva mirada en dirección a la rubia Gladys—. Aquí soy demasiado conocido. Vamos a la ciudad y descorcharemos una botella de champaña en compañía de un par de chicas, ¿hace?

Leslie sabía cómo eran aquella clase de correrías nocturnas de bar en bar en compañía de un amigo. No obstante, aunque le constaba que al día siguiente se levantaría con un gran dolor de cabeza y la boca estropeada, no se atrevió a negarse a la invitación de su viejo amigo.

—Está bien. Si quieres que continuemos en la ciudad, puedo ofrecerte el duro guardabarros de mi motocicleta.

—¡Por Dios, no querrás que vayamos en motocicleta en una noche tormentosa con todo el asfalto mojado! Tengo mi automóvil afuera. Iremos en él.

—¿Y mi motocicleta? La he sacado del Parque de la policía y no puedo dejarla abandonada por ahí.

—La llevaremos en mi auto. Es un furgón “wagon”.

James Funston se empeñó en ser él quien liquidara la cuenta en el mostrador. La rubia Gladys puso un mohín de disgusto mientras comentaba:

—¿Se van ustedes a dormir, no es cierto?

—Mi amigo ha venido en motocicleta. No puedo permitir que regrese en su trasto bajo la lluvia y el asfalto mojado.

Al abandonar el parador, de pie sobre el asfalto mojado de la zona de aparcamiento contigua a la carretera, Leslie dijo a su amigo:

—¿Qué hay entre tú y esa chica? Ningún hombre da explicaciones a una mujer a menos que se proponga causar una buena impresión a ella.

—La chica me gusta. Lo malo es que está demasiado solicitada por todos los vaqueros, camioneros y agentes de tráfico que pasan por aquí. En fin, no hay nada definitivo todavía. Podremos ir a divertirnos a la ciudad.

Trae tu motocicleta.

Leslie fue al garaje en busca de la motocicleta mientras su amigo abría el compartimiento trasero de su espacioso “wagon”. Un fresco viento cargado de emanaciones silvestres empujaba las negras nubes de tormenta hacia las montañas de Santa Rita, donde por entonces se hallaba estacionada la tormenta. En el cielo, entre los claros de las nubes, empezaban a brillar las estrellas.

Levantando la ligera motocicleta a pulso, los dos amigos la metieron en el auto. Funston cerró la portezuela posterior y fue a tomar el volante. Poco después, Leslie Young iba sentado junto a su amigo, aspirando la fragancia embalsamada de la salvia que llegaba del desierto a través de la ventanilla abierta.

—¡Ah, muchacho, cómo me alegro de verte de nuevo! —James Funston se retrepó en el amplio asiento del auto—. Deberíamos encontrarlos más veces ahora que estás por aquí. ¿Cómo no has venido por casa?

—He estado muy ocupado recorriendo la línea fronteriza en busca de contrabandistas. Ahora me han destinado de nuevo a la patrulla de carretera.

—¿Os está dando quebraderos de cabeza ese tipo chiflado de la linterna roja, no es verdad?

—Sí. Para el cuerpo de policía es un descrédito que haya individuos como ese asustando a los que viajan con auto por carretera.

—¿Quién creéis que pueda ser?

—Probablemente algún vaquero medio loco de cualquiera de los ranchos vecinos.

—La verdad es que se necesita ser idiota para arriesgarse de tal modo saliendo al camino a detener automóviles en plena noche. Después de todo, ese tipo se arriesga lo mismo a ver mujeres guapas que viejas desdentadas y bizcas.

James Funston soltó una carcajada. De pronto se interrumpió en seco y avanzó precipitadamente el pie oprimiendo el pedal del freno.

El auto culebreó sobre el asfalto mojado, estando cerca de salirse de la carretera mientras el cuerpo de Young era lanzado hacia adelante contra el parabrisas.

—¡Demonios! ¿Te has vuelto loco? —exclamó Leslie, furioso.

El auto había quedado clavado sobre sus cuatro ruedas y Funston señaló con el dedo a través del cristal parabrisas. En la oscuridad, brillaba una luz roja.

—¿Ves lo mismo que yo? ¡Hay una linterna roja a la vera del camino, Leslie!

Leslie sacó la cabeza por la ventanilla, estudio el terreno y se echó a reír por lo bajo.

—Por supuesto, es una linterna. Un aviso de peligro de las obras de

reparación que se están realizando en la calzada.

Ahora fue Funston quien riñó furiosamente:

—¡Si seré idiota! Pasé esta mañana por aquí cuando los obreros estaban reparando la carretera. Lo había olvidado. ¡Buen susto me dio la dichosa linterna!

Retirando el pie del freno, Funston puso de nuevo el auto en marcha, acercándose con precaución a los montones de grava y arena que ocupaban la mitad de la calzada. La lluvia torrencial de aquella noche había corrido la tierra de los montones de escombros y el pavimento estaba lleno de barro resbaladizo. De pronto, mientras se deslizaba por el angosto paso, Leslie acertó a ver fuera de la carretera un automóvil parado con las luces completamente apagadas.

—¡Alto, para aquí! —James Funston frenó de nuevo.

—¿Qué ocurre ahora, condenación? Esta noche no ganamos para sustos.

—¿Tienes una linterna a mano?

Funston abrió el estuche de los guantes y sacó una linterna eléctrica de gran tamaño.

—Hay un automóvil parado ahí detrás. Voy a ver qué ocurre —dijo Leslie tomando la linterna y saltando a la carretera.

Apenas Leslie arrojó el haz de su linterna sobre el auto, sintió que el corazón le daba un vuelco. Era el automóvil de Patricia Sullivan, una máquina que Leslie conocía muy bien.

Presa de febril ansiedad, Leslie Young corrió hasta el automóvil y arrojó el haz de su linterna por la ventanilla abierta al interior. El coche estaba, vacío.

James Funston llegó detrás rezongando:

—¿Bueno, y qué ocurre ahora?

Leslie empezó a andar sin pronunciar palabra alrededor del automóvil. Una de las llantas de atrás aparecía completamente desinflada. Esta podía ser la razón por la cual Patricia Sullivan dejara abandonado allí su automóvil, pero la explicación no satisfizo a Leslie. Él había estado hablando con Patricia Sullivan hacía solo un par de horas. Y ella no mencionó en ningún momento que se propusiera ir a Nogales en aquella noche tormentosa y fría. ¿Qué había ocurrido para hacerla cambiar de opinión?

En este momento, el haz de la linterna de Leslie brilló sobre un pequeño objeto de latón que estaba en el suelo, en el barro. Leslie se inclinó y lo cogió. Lo mostró a su amigo.

—Un cartucho vacío del calibre 45 —observó James—. Probablemente de un rifle.

—James, ve al auto y saca mi motocicleta.

—¿Qué estás pensando, muchacho?

—Es posible que después de todo el loco de la linterna no esté tan lejos como creíamos. Ve y saca mi motocicleta.

Funston se alejó refunfuñando mientras, inclinado y alumbrándose con la linterna, Leslie Young exploraba cada pulgada del terreno alrededor del automóvil. Descubrió las huellas de los altos tacones de una mujer, probablemente las pisadas de Patricia. Cerca de donde estaba el casquillo vio la impresión de unas botas de hombre. Los pasos del hombre y de la mujer se reunían en determinado lugar y seguían juntos adentrándose como unas treinta yardas en el desierto.

Leslie se detuvo de pronto con el corazón encogido ante la impresión de unos cascos de caballo en el suelo regado por la lluvia. En aquel lugar, Patricia Borger y el hombre habían montado juntos en el mismo caballo. El rastro continuaba después entre los altos cactus perdiéndose en el desierto y la oscuridad de la noche.

Leslie regresó rápidamente a la carretera donde su amigo ya había sacado la motocicleta del compartimento posterior del automóvil.

—¿Y bien? —inquirió Funston intranquilo.

—¿Tienes una pistola?

—Sí. Siempre llevo un viejo “Colt” en el estuche de los guantes por si acaso.

—Ve y tráelo.

Leslie puso en marcha la motocicleta mientras su amigo iba en busca de la pistola. Funston regresó un poco después alargándole un viejo “Colt” calibre 45, perteneciente a los viejos y heroicos tiempos del salvaje Oeste. Leslie cogió el revólver, comprobó que estaba cargado y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Vuelve atrás. James. Ve al parador y llama por teléfono a la estación de Policía. Habla, si te es posible, con el capitán Handerson y dile que hemos encontrado el auto de la señora Patricia Sullivan echado a un lado fuera de la carretera, que la muchacha ha desaparecido y que yo me dispongo a salir detrás del rastro de los secuestradores montado en mi motocicleta.

—¿Orees que haya podido ser el tipo de la linterna?

—Es posible que esta vez no se trate de él. Lo siento, no puedo perder más tiempo explicándote el asunto. Vuelve atrás y utiliza el teléfono.

Leslie se acomodó en el amplio sillín de su motocicleta, encendió el farol y pasó trepidando a través de la cuneta, internándose en el desierto.

El reseco suelo del desierto había absorbido hasta la última gota de lluvia, quedando en condiciones óptimas para que una motocicleta pudiese rodar sobre él. Pero la lluvia caída una hora antes había hecho algo mejor. Había reblandecido el suelo haciendo que este conservara muy claramente la impresión de los cascos herrados del caballo que Leslie estaba persiguiendo. Sin apearse de la motocicleta, rodando a moderada

velocidad. Leslie podía seguir cómodamente el rastro a través de la agreste flora y el accidentado suelo del desierto.

Allí, como en otras partes del desierto, el suelo estaba frecuentemente cruzado por zanjas y torrenteras, en las cuales las lluvias torrenciales habían provocado copiosas venidas. El agua de la lluvia se escurría todavía por estas barrancas, y en el fondo de ella el agua estancada formaba charcos cenagosos a través de los cuales tuvo que pasar Leslie con su trepidante motocicleta.

Muy pronto estuvo Leslie calado hasta los huesos y cubierto de barro desde los pies a la cabeza. Las aguzadas “bayonetas españolas” le desgarraban la ropa al paso y los altos cactus en forma de candelabro desprendían pinchos que se le clavaban en la cara, el cuello y las manos.

Pese a todo, Leslie Young siguió adelante. Ante él, bajo la brillante luz del faro de la motocicleta, las pisadas del caballo seguían claramente impresas en el suelo húmedo. Young no creía que el caballo y sus jinetes hubiesen podido llegar muy lejos.

Poco después, al bajar por la empinada pendiente de un barranco, la motocicleta resbaló, y máquina y piloto bajaron dando tumbos hasta sumergirse en una gran charca de agua cenagosa. El motor se paró, y debido probablemente a que el plato magnético y las bobinas se habían mojado, se negó a andar.

Conservando su linterna eléctrica en la mano, Leslie Young trepó maldiciendo por el talud opuesto de la torrentera, hasta que al llegar arriba vio a cierta distancia los focos de un automóvil que barrían el cielo por encima del desierto. El automóvil apagó repentinamente los faros, y la oscuridad de la noche envolvió de nuevo al fragante desierto.

Palpando la pistola que llevaba en el bolsillo, Leslie Young echó a andar rápidamente en la dirección que había visto brillar los focos del automóvil. Los relámpagos de la tormenta detenida sobre los montes de Santa Rita iluminaban a trechos el camino. En la oscuridad, Leslie protegía el haz de su linterna con la mano y se inclinaba hacia el suelo para comprobar que estaba siguiendo las huellas del caballo.

Poco después, Leslie alcanzaba el pie de un cerro rocoso, en el cual, se perdían las pisadas del caballo. En cambio, pudo ver allá arriba una débil luz procedente al parecer de la ventana mal cerrada de algún rancho o cabaña aislada. Mientras ascendía por la ladera del cerro se escuchó el golpe metálico de una portezuela de automóvil.

Leslie trató de imaginar lo que estaba ocurriendo. El raptor de Patricia Sullivan había salido al encuentro de un automóvil, en el cual seguramente se proponía hacer el resto del viaje hasta algún lugar desconocido.

Leslie echó a correr en la oscuridad, tropezando un par de veces, cayendo y lacerándose en las rodillas y las palmas de la mano.

Al acostumbrar sus ojos a la oscuridad, pudo ver, a favor del leve fulgor

de las estrellas y los ocasionales relámpagos, una pequeña casa de troncos, junto a la cual había parado un automóvil “jeep”. Adosado a uno de los muros de la cabaña vio también un rústico cobertizo desde el cual relincho quedamente un caballo.

Leslie Young sacó el revólver del bolsillo y montó el gatillo.

Mientras se acercaba sigilosamente a la casa se escuchó un golpe y un débil gemido de dolor. Leslie llegó hasta la ventana y se detuvo. Dentro sonaba una voz de hombre:

—Usted no creerá que me he arriesgado a traerla hasta aquí para contentarme con una respuesta tan estúpida como esa de que ignora usted el escondite de las drogas.

La voz de Patricia Sullivan exclamó en un sollozo—: ¡Por Dios, me están haciendo daño! Les estoy diciendo la verdad. Walter no me habló siquiera de esas drogas. No tuvo tiempo de hacerlo aunque hubiese querido o fuese ese su propósito.

La voz del hombre sonó de nuevo:

—En tal caso, señora Sullivan, nos veremos en la necesidad de matarla. La llevaremos de nuevo junto a la carretera, le pegaremos un tiro tras la nuca y la aligeraremos de ropa para que parezca como que ha sido asesinada por el loco de la linterna roja.

Leslie no esperó a oír más. Avanzando sigilosamente con las espaldas pegadas a los troncos alcanzó el ángulo de la edificación y se acercó de puntillas a la puerta.

Leslie Young alargaba la mano para tirar del cordel que levantaba por dentro el toco picaporte de la puerta, cuando la puerta se abrió de golpe arrojando sobre él el chorro de luz que salía del interior iluminado de la cabaña. Leslie quedó parpadeando ante un tipo alto y grueso que a su vez le miró, abriendo sus ojos sorprendidos de par en par.

Por encima del hombro del individuo, Leslie alcanzó a ver a Patricia Sullivan amarrada a una silla, la falda por encima de las rodillas, el cabello despeinado sobre los ojos y un hilillo de sangre manándole por la comisura de los labios. De pie ante Patricia estaba Otto Frizgerman, y a su lado un hombrecillo atezado de rostro ruin, que se apoyaba en un rifle.

El hombre que estaba de pie bloqueando la puerta ante Leslie profirió un sordo gruñido disponiéndose a acometer. Leslie tenía en la mano su revólver y asestó con el cañón de este un rudo golpe en la sien del mastodóntico individuo.

El hombre salió reculando hacia el interior de la cabaña, impulsado por el brutal golpe de Leslie. Este le siguió irrumpiendo en la cabaña.

—¡Quietos! ¡Que nadie se mueva o disparo!

Frizgerman volvió sus furiosos ojos hacia Leslie, Patricia Sullivan dejó escapar una ronca exclamación de alegría, y el hombre, pequeño y ruin que se apoyaba en el rifle parpadeó asustado ante la visión.

—¡Ah, es usted! —murmuró Frizgerman entornando los ojos astutamente—. ¿De dónde sale? ¿Iba escondido en el baúl del auto de la señora Sullivan?

—Levante las manos, Frizgerman. Y usted deje caer ese rifle al suelo —ordenó Leslie.

Sin dejar de sonreír cínicamente, Frizgerman levantó sus brazos por encima de la cabeza. A su lado, el hombrecillo moreno parecía vacilar. Frizgerman le dijo:

—Obedece al sargento, Saddle. ¿No ves que está nervioso y que puede disparar de un momento a otro?

Desganadamente, el hombrecillo llamado Saddle parecía dispuesto a arrojar el rifle cuando ocurrió algo que Young no había previsto. Esto fue que el hombre al que acababa de derribar seguía en el suelo, y alargando sus piernas le enredó los pies haciéndole perder el equilibrio.

El astuto Saddle debía estar esperando esto, pues al punto lanzó un agudo chillido de rata y saltó adelante esgrimiendo el rifle a modo de una maza.

Leslie Young hizo fuego al mismo tiempo que caía de espaldas en el dintel de la puerta. El disparo alcanzó a Saddle entre los ojos y le saltó la tapa de los sesos. No obstante, por el impulso que llevaba el hombrecillo fue a caer sobre Young, el cual le apartó de un empujón.

Pero mientras Leslie se debatía en el suelo desembarazándose del cadáver de Saddle, Otto Frizgerman y su compinche se aprestaban al ataque saltando al mismo tiempo contra él.

Leslie no pudo utilizar de nuevo el revólver. Un pisotón del *gangster* le inmovilizó el brazo, mientras Frizgerman avanzaba cojeando y levantaba su pierna lisiada, propinado a Young un brutal puntapié en la cabeza.

La puntera del zapato de Frizgerman alcanzó a Leslie en el oído derecho. Fue un golpe doloroso y estuvo a punto de dejar a Young sin sentido.

—¡Desármale, Boston! —gritó Frizgerman.

El gigantesco Boston saltó sobre el estómago de Leslie. Le arrancó de un tirón la pistola. Se puso en pie.

Leslie Young, medio atontado por el golpe, se llevó una mano al oído.

—Los papeles han cambiado ahora, mi amigo —dijo Frizgerman sonriendo—. Fue usted muy atrevido viniendo aquí a solas.

—No me crea tan tonto, Frizgerman. Antes de diez minutos esta cabaña estará rodeada por la policía —gruñó Young sintiéndose furioso contra sí mismo.

—Antes de diez minutos usted estará muerto... y la señora Sullivan también.

—No le valdrá de mucho cometer ese doble asesinato, Frizgerman. La verdad es que usted se delató al secuestrar a la señora Sullivan trayéndola

aquí con la pretensión de averiguar dónde había escondido su marido la droga.

—No digas tonterías —gruñó Frizgerman—. A todos los efectos, esto será un secuestro perpetrado por el loco de la linterna roja. Y, en realidad, así habrá sido, pues el loco de la linterna roja no ha existido nunca. Yo inventé ese personaje con el solo fin de atraer a las patrullas motorizadas de la policía a las carreteras para que nos dejaran libre el paso por la línea fronteriza.

—¿De modo que usted es el loco de la linterna roja? —exclamó Leslie sin poder dar crédito a lo que oía.

—Sí. Aunque no todas las veces que aparecí me encontraba allí representando por mí mismo el papel, Saddle me sustituyó en un par de ocasiones... Era un sádico y se aprovechó bien para divertirse a costa de las mujeres que desnudó. Poston también actuó una vez, y en las restantes fui yo mismo quien salió al camino para asustar a los turistas. Apuesto a que ni el capitán Handerson ni otro genio de la policía sospechó jamás que yo pudiera ser el loco de la linterna roja.

—Es cierto, al capitán Handerson va a sorprenderle mucho saber que era usted quien estaba detrás de ese fantástico personaje.

—No, Handerson no lo sabrá nunca... porque ni usted ni su bella amiga, la señora Sullivan, tendrán ocasión de decírselo —dijo Frizgerman sombríamente.

Leslie Young seguía sentado en el suelo. Ante él, de pie, estaban Frizgerman y Poston, este último encañonándole con el revólver. Detrás de Poston y Frizgerman. Patricia Sullivan seguía atada a la silla junto a un cajón vacío sobre el cual descansaba la lámpara de petróleo. Aunque tenía las manos atadas atrás y el busto ceñido por una cuerda, las piernas de Patricia estaban libres, Leslie pudo ver cómo la joven levantaba sus esbeltas piernas y empujaba el cajón sobre el que descansaba la lámpara.

El cajón cayó y la lámpara rodó por el piso haciéndose pedazos.

Poston y Frizgerman se volvieron instintivamente sobresaltados.

Este fue el momento que aprovechó Leslie para ponerse de pie en un brinco. Poston se volvió encañonándole con el revólver. Pero no tuvo tiempo de disparar. La embestida de Leslie tiró al corpulento Poston de espaldas encima del petróleo y los restos de la lámpara destrozada. Las ropas de Poston se impregnaron de petróleo y empezaron a arder.

Poston lanzó un grito terrible mientras se revolcaba por el suelo. Frizgerman se inclinó para recoger el rifle. Un rodillazo de Leslie Young le alcanzó en plena cara y le obligó a salir reculando hacia atrás hasta chocar contra la pared de troncos. Leslie le siguió hasta allí, le golpeó en el estómago y le propinó un terrible gancho de derecha.

Otto Frizgerman quedó sin sentido en el suelo.

Profiriendo terribles alaridos, Poston gateó, se puso en pie y echó a

correr saliendo como una antorcha viviente por la puerta abierta. Ahora, las llamas estaban propagándose hasta los pies de Patricia Sullivan, la cual lanzó una angustiada mirada en dirección a Leslie.

Leslie corrió hacia ella, cogió la silla por el respaldo y la apartó de un tirón.

La cabaña se llenó de humo mientras Leslie deshacía los nudos de la cuerda.

—Espere, Pat, no se inquiete, ya termino —dijo Leslie jadeando en su excitación.

La última cuerda cayó, Patricia saltó en pie y se arrojó en brazos de Leslie dejando escapar un sollozo.

—¡Oh, Young, qué miedo he pasado!

Leslie la empujó hacia la puerta.

—Salgamos de aquí.

Una tos ahogada recordó a Leslie que no se encontraban solos. En efecto, Frizgerman se movía en el suelo, cerca de las llamas que avanzaban rápidamente en su dirección.

Leslie volvió atrás, lo levantó con los brazos y lo sacó a rastras hacia fuera.

A cierta distancia de la cabaña, el corpulento Poston gemía en tierra mientras de sus ropas escapaba el humo con cierto hedor a carne socarrada. Leslie se inclinó primero sobre Frizgerman, le quitó el cinturón y le amarró con él. Luego se acercó a Poston, el cual se había revolcado largamente por el suelo hasta conseguir apagar el fuego de sus ropas.

Recordando a Saddle, Leslie volvió a la cabaña, que ya para entonces era pasto de las llamas. Alcanzó a coger al hombre por un tobillo y tiró de él sacándole fuera a rastras.

Ahora el resplandor de las llamas que coronaban la techumbre de la cabaña iluminaba el desierto en un gran radio alrededor del pequeño cerro.

Patricia se acercó a Leslie como buscando por instinto una protección en la proximidad de él.

—¿Se encuentra bien?

—¡Dios mío, sí! —exclamó la joven—. Pero pasé mucho miedo hasta que llegó usted. Estoy segura de que Frizgerman no bromeaba. Me hubieran matado, ya que ignorando dónde escondió Sullivan la droga jamás habría podido darle el informe que deseaba, Frizgerman habría encontrado un buen pretexto atribuyendo mi muerte al loco de la linterna roja.

—¿Cómo cayó por segunda vez en la trampa de esa linterna roja?

—Esta vez la linterna pertenecía realmente a la señal de peligro de unas obras de reparación en la carretera.

—Sí, lo sé. Apuesto que Frizgerman se apostó junto a la linterna y...

pero cómo supo él que usted pasaría por allí? ¿Dónde iba usted? Cuando nos despedimos en el rancho no me dijo que se propusiera salir de viaje esta noche.

—Y no pensaba hacerlo. Una hora después de su marcha, recibí una llamada telefónica de parte del capitán Handerson, diciendo que había encontrado el cadáver de Sullivan y se requería mi presencia para su identificación.

—¿Está segura que fue el capitán quien la llamó?

—No, no era el capitán. Cuando ese hombre llamado Saddle me trajo a la cabaña, antes que llegara Frizgerman en el automóvil, traté de asustarle diciéndole que el capitán Handerson me esperaba y que vendrían a buscarme en cualquier momento si yo tardaba. Saddle se rio, diciendo que no había tal llamada por parte del capitán. Todo fue un engaño urdido por Frizgerman para obligarme a salir del rancho y viajar hasta Nogales, pasando por las obras donde Saddle me esperaba.

—Vi que su auto tenía un neumático desinflado. ¿Fue eso lo que la obligó a detenerse?

—Sí. Estaba pasando junto a las obras a poca velocidad, cuando oí un estampido y sentí que mi auto zigzagueaba sobre el barro. Creí que era un reventón, detuve el auto y me apeé... pero no hubo tal reventón. Ese hombre... Saddle, disparó su rifle contra mi neumático. Al saltar del coche me encontré de improviso ante él. ¡Fue un susto terrible, porque creí que realmente se trataba del loco de la linterna!

—Bueno, era él en realidad, o al menos uno de los tres supuestos locos que se dejaron ver para asustar a los turistas en diversas ocasiones. ¿No oyó lo que dijo Frizgerman?

—Sí.

—EL inventó al personaje de la linterna sin otro objeto que provocar la indignación del público y la Prensa, para que los patrulleros apartáramos nuestra atención de la frontera. ¿Sabe que estuvo en muy poco que el truco le saliera bien a Frizgerman? Por lo pronto había conseguido alejarnos de la frontera. Y esta noche pudo haber coronado con éxito su plan. Figúrese si mañana hubiéramos encontrado el cadáver desnudo de usted junto a su automóvil allí en la carretera. La Prensa de todo el país se habría hecho eco del horror y la indignación de la opinión pública, la policía se habría lanzado a la frenética búsqueda de un loco que no existía, y jamás hubiéramos podido relacionar su asesinato con Frizgerman y el propósito de este de recuperar las drogas que Sullivan escamoteó.

Leslie guardó silencio mirando a la joven. Pese al resplandor caliente que brotaba de la cabaña incendiada. Leslie la vio temblar de pies a cabeza.

Los hermosos ojos de Patricia se miraron en los de Leslie. Ella se le acercó más.

—¡Pensar que a no ser por usted yo estaría muerta a estas horas! — exclamó horrorizada.

—Demos las gracias a la lluvia. La tormenta me obligó a buscar refugio en el parador, donde me encontré con un viejo amigo... ¡Bueno, ya sabe cómo son esos encuentros con un amigo al que uno no ha visto en muchos años!

Leslie rio nerviosamente, pero ella no reía. Él, de pronto, quedó serio.

—Pat, hubiera sido terrible verla muerta allí, junto a su coche — murmuró roncamente, y se estremeció.

De pronto alargó sus manos y la cogió entre sus brazos. La mujer se apretó temblorosa contra él. Levantó su rostro.

—Pat, la amo —dijo Leslie.

Ella le ofreció sus labios, que Leslie besó reverente y emocionado.

Lejos de los oscuros confines del desierto, llegaba el estridente ulular de una sirena. Frizgerman levantó la cabeza, quiso moverse y advirtió que estaba atado.

Un automóvil llegaba a través del desierto. Sus faros barrieron el espacio por encima de los grandes cactus en forma de candelabro, Frizgerman miró a la pareja que, muy unida, se recortaba contra el fondo resplandeciente del incendio, suspiró y cerró los ojos.

FIN

**APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION**

Keith Luger

ELLA PENDIA DE UNA SOGA



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MARABU ZAS

160 páginas
Dibujos a dos tintas
Cubierta a todo color
Precio: 20 ptas.



En plena forma
4.000 años de piratería
Supere su timidez
El año 2.000 según las profecías
Complejos
El jazz
La aviación moderna
¡Bailemos!
Interprete sus sueños
Papas y concilios
La grafología
Historia del Club de Fútbol
Barcelona
Los cohetes
Timos
Historia del Real Madrid

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías. Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

DICK TURPIN I



BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

824 — G. Colomer
UNA MUJER DE CARACTER

COLEC. "MADREPERLA"

720 — May Carré
SUSANA Y LOS LEONES

COLECCION "ROSAURA"

664 — Corín Tellado
MARTA Y ELLOS

COLECCION "AMAPOLA"

551 — María Teresa Sesé
MATRIMONIO

COLECCION "ALONDRA"

485 — Mercedes Tomás
MIEDO AL AMOR

COLECCION "CAMELIA"

426 — Carol Rodi
TRES BODAS Y MEDIA

COLECCION "CORAL"

103 — Corín Tellado
ESCLAVA DE UN AMOR

COLECCION "CORAL"

104 — Corín Tellado
TODO POR ELLA

COLECCION "BISONTE"

765 — Alf. Regalado
SE IMPONE LA VIOLENCIA

COL. "SERVICIO SECRETO"

629 — George H. White
EL LOCO DE LA
LINTERNA ROJA

COLECCION "BUFALO"

462 — M. Lafuente Estefanía
MANOS DE GUN-MAN

COLECCION "COLORADO"

254 — M. Lafuente Estefanía
MI HIJO NO ES UN
PISTOLERO

COLECCION "KANSAS"

220 — Sam Fletcher
LAS VACACIONES
DE UN FEDERAL

COLECCION "CALIFORNIA"

309 — M. Lafuente Estefanía
MANOS ENDEMONIADAS

Col. "HEROES DEL OESTE"

202 — M. Lafuente Estefanía
EPIDEMIA DE PLOMO

COL. "ASES DEL OESTE"

172 — Orland Garr
EL INFLEXIBLE
CAPITAN MOORE

COLEC. "BRAVO OESTE"

84 — Meadow Castle
LO ESCRIBO CON SANGRE

COLECCION "PUNTO ROJO"

18 — Clark Carrados
OJOS EN LA CIUDAD

COLECCION "TEXAS"

330 — Fidel Prado
PUEBLOS FRONTERIZOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

CÓSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.

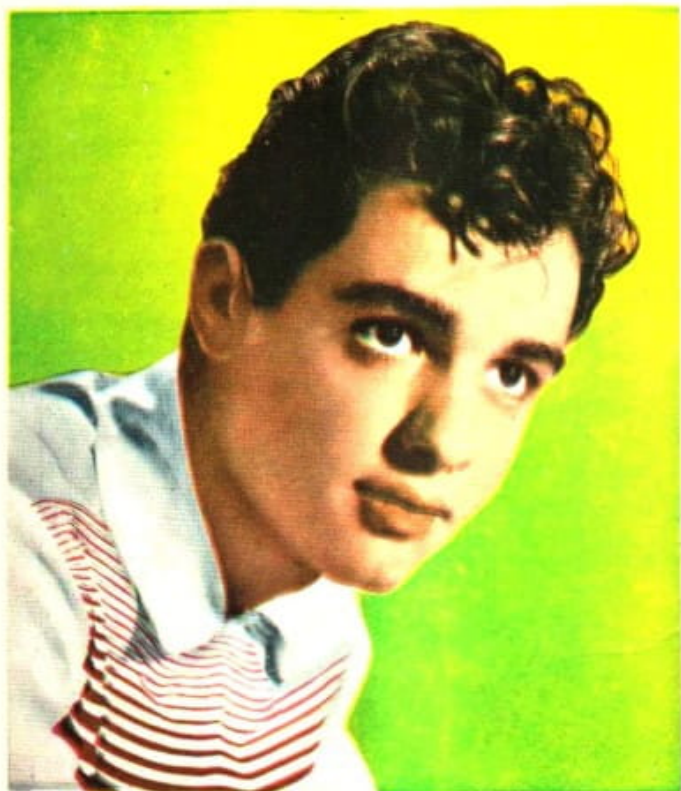
PERÚ: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N.º 1566

Sal Mineo

Popular actor que se ha impuesto recientemente a raíz de su actuación en "Exodo". Nació en Los Angeles (California), el 19 de junio de 1935. Le hemos visto en "La guerra privada del mayor Benson" y "Marcado por el odio".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain